

# Quiero vivir Transfiguración



**Teobaldo Mercado Pomar**

TEOBALDO MERCADO POMAR

QUIERO VIVIR

TRANSFIGURACIÓN

© Teobaldo Mercado Pomar, 2005, 2006.

Edición electrónica para [www.sedice.com](http://www.sedice.com)

Portada: Teobaldo Mercado Pomar - Teobaldo

Maquetación: Alberto de Francisco - Naturopata

Comenta la obra con el autor en [www.sedice.com](http://www.sedice.com):

<http://www.sedice.com/modules.php?name=Forums&file=viewtopic&p=78251>

Ficha de la obra en [www.leelibros.com](http://www.leelibros.com):

[http://www.leelibros.com/biblioteca/?q=quiero\\_vivir\\_transfiguracion\\_1](http://www.leelibros.com/biblioteca/?q=quiero_vivir_transfiguracion_1)



Este libro se distribuye bajo licencia:


## Creative Commons


### Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.1


Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

 **Reconocimiento.** Debe reconocer y citar al autor original.

 **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

 **Compartir bajo la misma licencia.** Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones no se ven afectados por lo anterior.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.1/es/deed.es>

**Quiero Vivir.....6**

**Transfiguración.....55**

**Quiero vivir**

# 1

David Emerson caminaba rumbo a su alojamiento cuando las alarmas se pusieron en acción y el caos se desató.

—¡Nos atacan! —gritó un hombre para luego perderse en dirección a las escaleras.

David, entonces, corrió a sus aposentos y recogió en un bolso sus escasas pertenencias. Casi al terminar los altavoces tronaron:

—¡Todos vayan a las naves de escape! —La voz sonaba frenética, casi histérica— ¡Abandonen todos la base!

Salió a toda la velocidad posible de la habitación y tropezó con varias personas en los corredores; casi chocó en una esquina con dos soldados que arrastraban una camilla con una niña herida. Perdió unos instantes observando cómo la llevaban hacia el hangar del ejército y deseó fervientemente que pudieran sacarla luego.

Una explosión sacudió el lugar y se activaron las alarmas de descompresión.

—¡No! —exclamó al tiempo que aceleraba sus pasos.

La fuerte corriente de aire que lo azotó le indicó la cercanía del daño, pero ¿en qué parte? No tenía tiempo para averiguarlo y confió en la suerte. Las luces pestañearon unos instantes y luego volvieron.

Tenía que llegar pronto al hangar de las naves de emergencia.

—Vamos, vamos —murmuraba con el fin de darse fuerzas.

De improviso, el corredor delante de él fue cortado limpiamente, como si un gran cuchillo se hubiese hundido en el metal y el suelo, quedando un enorme boquete. La atmósfera comenzó a salir en tromba, al igual que otras personas que lo precedían.

—¡No! —gritó y dio media vuelta.

El vendaval que lo jalonaba hacia atrás lo hizo trastabillar y —sujetándose de una viga— renovó sus esfuerzos para huir del sitio.

Otro hombre pasó a su lado arrastrado por la corriente y sus gritos se perdieron en el vacío.

—Vamos, vamos —murmuró al tiempo que notaba que cada vez le costaba más avanzar hacia adelante.

¿Para qué resistirse? Aunque lograra salir de ahí tendría que buscar una vía alternativa para llegar al hangar y (bajo las presentes circunstancias) ello sería difícil, sino imposible. Pero no, sería demasiado fácil, demasiado simple el dejarse

llevar al olvido; la vida le era muy preciada como para desperdiciarla de esa manera. Iba a luchar con todo lo que le dieran sus fuerzas. A pesar de las adversidades de la vida, a pesar de que su esposa lo hubiera dejado por ese abogado ladrón, a pesar de que su futuro laboral no estuviese claro.

El corredor fue sacudido por otra explosión que amplió el boquete anterior. David vio con desesperación cómo sus dedos se desprendían de la viga que así y poco después era absorbido por el vacío. Se golpeó contra el techo antes de ser expelido y alcanzó a ver las estrellas girar a su alrededor al tiempo que se sentía asfixiar. Luego, un manto negro se abatió sobre sus ojos.

Arístides Segura estaba haciendo un chequeo electrónico de su traje cuando las alarmas sonaron. Canceló la operación de inmediato y al colocarse el casco escuchó en la frecuencia militar:

—Compañías primera a la cuarta: aseguren en perímetro; las demás protejan a los civiles.

La suya era la segunda compañía y se dirigió a la salida más cercana. Accionó con prontitud la escotilla y se encaró a la desnuda superficie del planetoide. A simple vista nada acontecía, excepto un par de "géiseres" que señalaban las perforaciones de la base.

—Dinko, Peter, Nadia, ¿me oyen? —preguntó con la esperanza de obtener respuesta, mas fue en vano.

No perdió tiempo en tratar de contactar con sus compañeros, ya que sólo por casualidad él se encontraba con el traje puesto; los demás debían estar cerca de la bodega. Al menos estaba en condiciones de pelear, se dijo.

Una especie de estrella de mar desfigurada salió de entre las cercanas colinas y se deslizó con movimientos erráticos entre las antenas. Arístides apuntó su rifle con firmeza porque sabía que solamente tenía una oportunidad de acertar. La estrella se desgarró bajo el fuego láser y rebotó varias veces en el suelo antes de quedar inmóvil.

—Bueno tiro —felicito una voz que reconoció como la del cabo Atucha—. Mi computadora los detecta cerca de la cúpula...

Un violento destello interrumpió sus palabras. Al girar vieron la mencionada construcción (sita a medio kilómetro de distancia) saltar por los aires, desgarrada por una explosión que murió instantes más tarde al no tener ya oxígeno con que arder.

—¡Hay enemigos en la pista dos! —gritó alguien.

—¿Primer pelotón? —inquirió el cabo y no obtuvo respuesta.

—Mi pantalla sólo tiene interferencia —señaló Arístides y, con desgano, añadió—: Nos están bloqueando.

Segura accionó los motores del traje y se aproximó a unas rocas para utilizarlas de parapeto. Maldijo esa lucha en el vacío, sin atmósfera y sin comunicaciones con sus compañeros.

—Creo que nos llegó la hora —comentó el cabo mientras la interferencia iba en aumento.

El soldado se sintió invadir por la furia. Acosado, prácticamente solo y condenado a muerte. Morir. Morir no era algo que figurara en sus planes: Le había prometido a su hermano menor que irían a pasear a la playa.

—¡...nosotros...! —alcanzó a traslucirse por la interferencia y luego nada más.

Y allí estaban: cuatro estrellas zigzagueantes que avanzaban entre las construcciones semihundidas de la base, emitiendo ondas electro-calóricas que fundían los metales. Arrojó media docena de proyectiles en parábola y disparó su rifle; luego, dio un salto de treinta metros hacia la derecha. Milagrosamente eliminó a tres enemigos y el cuarto desapareció en dirección desconocida. Apenas tuvo tiempo de asombrarse ante esto cuando un navío púrpura de extraño diseño se aproximó al lugar. Arístides saltó hacia una bodega cercana mientras disparaba al vehículo; empero sabía que de esa cosa nadie se escapaba.

—¡Malditos!— gritó cuando las construcciones a su alrededor comenzaron a fundirse.

Pronto un destello lo encegueció y —antes de perder la conciencia— disparó todos los proyectiles que le quedaban.

"Perdóname, hermano" fue su último pensamiento.

\* \* \* \* \*

David sintió primero la brisa en su rostro y luego la conciencia volvió a él paulatinamente. Había un aroma de flores (¿rosas, violetas, petunias?) que no lograba distinguir y —sin embargo— le pareció intrascendente, ¿por qué? Oh, sí, se dijo, lo único que debería inhalar sería el vacío, la nada a la que había sido expulsado. De pronto, lo recordó todo y se dio el trabajo de abrir los párpados con lentitud. Sus ojos, entonces, se dedicaron a recorrer el paisaje detenidamente.

Al frente, una pradera se extendía hasta tocar un no muy lejano mar de aguas azuladas. A los costados, numerosas flores se elevaban entre una hierba y juntas daban la apariencia de un bien cuidado jardín. Por encima, unas nubes flotaban perezosas sobre un cielo azul y de vez en cuando tapaban al sol.

Se incorporó hasta quedar sentado y con las manos acarició la hierba mientras miles de preguntas poblaban su mente.



Para Arístides, en cambio, el despertar fue brusco y se incorporó de inmediato, hundiendo las manos profundamente en la hierba. Con la respiración agitada observó el paisaje y descubrió a su izquierda a un hombre desconocido.

—¿Qué...? —empezó a inquirir y se calló.

David lo miró con sorpresa (¿estaba el otro allí antes o había surgido de la nada?) y antes de replicar algo una voz a sus espaldas dijo:

—Hola.

Ambos se voltearon y vieron una mujer de aproximadamente cincuenta años, estatura mediana, pelo negro y rasgos ligeramente orientales de pie, sonriendo con moderación y vestida de manera informal.

—¿Y tus alas? —inquirió David y ella sonrió con ¿amargura?

—No, amigo —afirmó—. Aquí no hay nada de eso.

Ella caminó hasta situarse entre ambos, se sentó en la hierba con las piernas cruzadas y dijo:

—Tóquenme.

Arístides y Daniel se miraron un instante antes de obedecer. El soldado temió que su mano atravesara el cuerpo mas, para su asombro, no fue así; en cambio, cogió un brazo de carne y hueso.

—¿Entonces? —preguntó Daniel.

—Parece real —opinó Arístides.

—Sí, pero no lo es —dijo la mujer—. En verdad todo esto es tan real como nosotros queramos. —Al verlos confundidos añadió—: Vamos por partes. Primero, me llamo Cintia Lee, tengo 58 años y soy nativa de Europa, Júpiter. Segundo, no estamos muertos... aunque a veces lo desearía.

—¿Entonces? —volvió a preguntar Daniel.

—Somos... prisioneros del enemigo.

—¿Qué? —inquirió Arístides, poniéndose en pie—. ¿Todo esto es nuestra cárcel?

—Sí, aunque materialmente no existe. —Inhaló aire y continuó—: Vuelve a sentarte y prepárate para ver la verdad. —El joven lo hizo—. Por favor, mantengan la calma y traten de serenarse.

Ella les señaló al frente y una imagen cuadrada de dos metros les mostró un cerebro flotando en un líquido rosado; del cerebro partían finísimos hilos plateados que se perdían hacia arriba.

—Madre mía —murmuró Daniel y se tapó la cara con las manos mientras Arístides observaba boquiabierto la escena.

—Eso somos nosotros —explicó la mujer—. Nos extrajeron el cerebro y lo colocaron en un líquido nutriente para luego conectarle esos cables que nos brindan las sensaciones que ahora percibimos. Es algo complejísimo y que supera

ampliamente todos nuestros ambientes de realidad virtual. Como ven, no podemos huir ni movernos de ninguna manera.

—Pero... pero... ¿por qué? —preguntó Arístides.

—Porque necesitan nuestra capacidad de razonamiento; ahora formamos parte de la "computadora" de su nave, un organismo compuesto de múltiples cerebros vivos. —Los dos hombres guardaron silencio—. En realidad, hacen uso de nuestra parte cognoscitiva inconsciente, nuestra capacidad de cómputo permanente que realiza el cerebro.

"Ustedes fueron seleccionados (igual que yo) por el alto grado de desarrollo de su instinto de supervivencia, es decir, porque quieren vivir a casi cualquier costo".

Durante varios segundos nadie habló, hasta que por fin Arístides preguntó:

—¿Y... cómo supieron eso?

—Las "estrellas" no eran solamente armas a control remoto, sino sofisticados detectores de actividades cerebrales. Saben captar las diversas emociones humanas y, sobre la base de esta muestra, determinan quiénes son buenos candidatos y quiénes no.

—Espera, espera —pidió David con el rostro menos congestionado ya—. ¿Con qué fin hacen esto? Quiero decir, ¿acaso no pueden fabricar computadores para hacer sus cálculos?

—Pues... en eso nos diferenciamos psicológicamente. Desde hace milenios están acostumbrados a pensar por sí mismos, ya que sus dotes intelectuales son enormes, quizás superiores a las de nuestros computadores. Además, existe en ellos un cierto afán de aventura, de descubrir sus límites y la guerra les ayuda, así como ayuda a la búsqueda de nuevos cerebros biológicos.

—¿Me vas a decir que toda esta guerra fue sólo para conseguir cerebros? —inquirió Arístides con furia.

—En gran parte sí, porque nosotros al igual que ellos soltamos lo mejor y lo peor cuando estamos entre la espada y la pared. Esto lo descubrieron luego de estudiar a los primeros cautivos humanos.

Arístides y David cruzaron miradas de rabia y desesperación en tanto que la mujer permanecía sosegada.

—Quisiera saber —dijo David— cuánto tiempo más va a durar esta cacería de cerebros.

—Me han dicho que algunos meses y luego abandonarán el espacio humano.

David miró a Cintia y luego al mar para después posar los ojos en la hierba. Con mucho pesar dijo:

—Y de ahora a la eternidad permaneceremos encerrados dentro de nosotros mismos. —Se rió con desgano—. Todo gracias a nuestro instinto de supervivencia.

—Meditó unos instantes—. ¿Y cómo están seguros de que vamos a servirles bien y no nos dejaremos abatir?

—Lo saben, créeme.

—Pero yo no siento nada extraño —dijo Arístides—. Tampoco veo cifras desfilar ante mis ojos.

—Por supuesto que no —exclamó la mujer—. ¿Olvidas que la mayor parte de nuestro proceso cerebral es inconsciente? Es ahí donde operan y no sentimos casi nada... excepto cuando hay algún problema grave y nos invade un embotamiento y mareo.

David se puso de pie e inhaló profundamente antes de preguntar:

—¿Para qué todo esto? ¿Qué sentido tiene si somos prisioneros? ¿No podrían tenernos inconscientes simplemente?

—Sí; pero operamos mejor cuando estamos... "despiertos". —Señaló alrededor—. Aquí tenemos absoluta libertad; podemos crear lo que se nos ocurra y sin restricciones: desde una cabaña en el campo hasta un planeta futurista, pasando por viajes de placer, orgías sexuales, guerras, bailes y discusiones filosóficas.

—Cuesta creerlo —opinó David.

—Pienso lo mismo —apoyó Arístides.

—Hay un hombre en otra nave que ha recreado la primera guerra mundial y ahora está en medio de la segunda; otro realizó "El señor de los anillos" más de diez veces con diferentes variaciones en la historia. Yo misma lo ayudé en cierta ocasión. ¿Me imaginan con armadura y espada luchando contra demonios? Pues bien, así fue y no puedo negar que me divertí mucho. —Al verlos apesadumbrados añadió—: Vamos, piénsenlo y asimílenlo despacio, ya que no tenemos alternativa.

Una cabaña que no desentonaba con el paisaje se materializó detrás de la mujer. La puerta estaba abierta y a través de ella pudieron divisar un comedor con la mesa servida; un mayordomo y una mucama le daban los últimos toques.

—Esto es casi ridículo —comentó Arístides, entrando tras Cintia.

—Sí —coincidió David— y estamos aquí mientras ellos matan a los nuestros.

Su anfitriona nada dijo y se limitó a señalarles sus lugares en la mesa y con un gesto apenas perceptible despachó a los sirvientes.

David cogió el cuchillo, jugueteando un poco para luego hacerse un corte en la palma de la mano izquierda. La sangre empezó a manar y se desparramó sobre el mantel.

—Lo sentí real —comentó.

—Hey, amigo, eso no me pareció prudente —exclamó Arístides.

—Todo puedes sentirlo real —acotó la mujer—. Más aún, puedes variar el grado de percepción. Luego les enseñaré.

El mayordomo trajo silenciosamente un botiquín de primeros auxilios para curarle la herida. Al cabo de unos minutos un vendaje le cubría la mano. Comieron en silencio y a desgano, sólo motivados por la presencia de su anfitriona, quien parecía dispuesta a brindarle un aire de "normalidad" a la situación.

—¿Cuántos más somos aquí? —inquirió Arístides al atacar el postre.

—Ocho en total; cinco humanos.

—Quisiera conocer a los otros humanos —dijo David.

—Ya lo harán. Son el profesor y la loca, aunque a ella no les recomiendo visitarla: vive en un mundo de fantasía que fue *gatillado* por el... cautiverio; recién había enterrado a sus padres y hermanos. —Suspiró y una extraña chispa brilló en sus ojos—. A veces la locura es el único escape que tenemos y, en ocasiones, he llegado a creer que todo esto sólo es fruto de mi imaginación.

—Difícil es creer lo contrario —opinó Arístides.

—Pero se desvanece cuando veo afuera —afirmó Cintia.

—¿Ver afuera? —inquirió David— ¿Qué...?

—Es posible observar nuestro entorno real —contó ella—. Es una de las opciones que tenemos y no me pregunten por qué. Yo misma he presenciado un par de batallas... y deseado que nos dieran para morir.

—Eso va en contra de tu fuerte deseo de vivir —ironizó Arístides.

—Es algo pasajero —replicó la mujer—. Sé que no puedo dirigir la acción; pero mi lado negativo (o morboso) me hace pensar así.

—Esto es casi ridículo —murmuró David, imitando las palabras de Arístides. Luego, se puso de pie y caminó hasta la ventana para observar el paisaje; recién entonces reparó en unas lejanas montañas—. Encerrados dentro de nosotros mismos y compartiendo nuestras... elucubraciones inconscientes y conscientes. Dicen que no hay peor tortura que la que viene de nuestro interior... y... temo que aquí esto se convierta...

—¿En un infierno? —cortó Cintia para luego sonreír—. Oye, no seas negativo; otros ya pensamos eso antes y (salvo la loca) nada malo sucedió. ¿O acaso creen que aquí pueden morir? No, claro, porque ellos han tomado todas las medidas necesarias.

—¿Y las personas con habilidades psíquicas? —inquirió Arístides—. Cualquiera de ellos podría...

—A esos simplemente los matan —interrumpió la mujer—. No desean correr el riesgo. —Se acercó a la ventana, la abrió y pareció saborear el oprobioso silencio que los invadía—. Debo reconocer que son maestros en este... arte de la psiquis. Poco más de un año antes de atacarnos capturaron algunas personas de una colonia y experimentaron con sus mentes, los forzaron al límite para extraer lo más sublime y lo más nefasto de la humanidad. Así aprendieron a conocernos, tanto o

mejor que nosotros mismos. Esto lo sé porque hablé con el único superviviente de ese grupo que ahora se encuentra en otra nave.

El mozo y la criada empezaron a recoger la mesa y David se sintió entre estúpido y absurdo ante ello. Sintió ganas de abofetearlos y echarlos a patadas. Su mente era un torbellino de ideas disparatadas y no le prestó atención a lo que proseguía diciendo su anfitriona.

—Quiero descansar —dijo, interrumpiendo las palabras de Cintia.

—Los cuartos de huéspedes se encuentran arriba —dijo la mujer—. Vayan, necesitan descansar y acostumbrarse poco a poco a su nuevo estado.

\* \* \* \* \*

Cuando David despertó una tenue claridad se filtraba por las cerradas cortinas. Se vio sumido en la semipenumbra de un cuarto desconocido y eso lanzó un mensaje de alerta en su cerebro, aunque en forma casi instantánea su parte racional lo contuvo con la barrera de la realidad. Durante varios segundos deseó despertar a otra realidad y acabó por dejarlo. Resignado y apenado se vistió sólo para sentirse ridículo una vez más.

—Y aquí estoy —murmuró—, vistiéndome en mi mente para compensar la desnudez externa de lo que queda de mi cuerpo.

Sus palabras le sonaron estúpidas, aunque nunca había poseído alma de poeta. Le pareció gracioso el tener esa clase de pensamientos y, luego de hacer la cama, se tendió sobre ella. Su respiración se hizo más suave y prestó atención al ambiente. Solamente escuchó los sonidos típicos de una casa de madera por la mañana, aquel crujir tan característico de las tablas al cambiar la temperatura.

Unos golpes en la puerta lo distrajerón de sus meditaciones.

—Hora del desayuno, compadre —dijo Arístides.

—Allá voy —anunció.

En el comedor los esperaba Cintia, quien les dedicó la mejor de sus sonrisas al decir:

—Muy buenos días. —Los sirvientes permanecían junto a la puerta que daba a la cocina, expectantes—. Después del desayuno les enseñaré a usar el control de lo que nos rodea.

Se sirvieron la comida con tranquilidad en medio de una conversación acerca de sus vidas. Al finalizar, se dirigieron al exterior.

—Lo primero —dijo ella— es poder alterar cosas pequeñas, algo así como una flor o una piedra o quizás un lápiz; esto les ayudará a enfocar sus pensamientos con mayor facilidad.

—Yo traté de hacer unas cortinas nuevas en mi ventana y nada sucedió —contó Arístides.

—Eso es porque estaban bloqueados. Me cedieron el control de ustedes a mí para que les enseñase. Toma —añadió, extendiéndole a David un brazalete plateado completamente liso; lo mismo tenía para Arístides.

Luego de que ambos hubiesen tomado el brazalete, el soldado preguntó:

—¿Qué es?

—Observen —indicó y colocó dos dedos sobre el que ella llevaba y al instante surgió un cuadrado de aproximadamente 15 centímetros por lado en forma perpendicular al brazalete, a modo de pantalla—. Esto les servirá para ordenar sus creaciones, como si fuese un computador. Es sólo una interfaz básica con la memoria que almacena todo; algún día lo harán directamente con su mente.

—Interesante —comentó David al tiempo que lo observaba desde diversos ángulos—. Aunque en realidad esto tampoco existe. Todavía estoy algo confundido con estas... cosas que creamos.

—Es muy simple. Existe un nivel básico de elementos: Tu descripción física, características de tu raza, hasta dónde tus sentidos te permiten captar el medio ambiente, etcétera. A este mismo nivel se encuentra la interfaz y los canales de comunicación con tus compañeros de celda —todos sonrieron porque, curiosamente, el término les había causado gracia—. En un segundo nivel están las alteraciones que hagas de los elementos del primero, es decir, cómo deseas representar la interfaz, cómo deseas verte, qué características quieres cambiar (color del pelo, gama de visión, etcétera). En el tercero empiezan los elementos imaginarios relativamente estables sobre los cuales vas a construir: Mundos, ciudades, personajes. Finalmente, el cuarto nivel contiene los elementos transitorios, como la casa que hice. Pueden intercambiar elementos de los niveles dos al cuatro con entera libertad.

—O sea, ¿puedo imaginar un sujeto gordo que en la panza tenga la pantalla del brazo? —inquirió Arístides.

—Por supuesto. Estos brazaletes son un acuerdo entre el profesor y yo. Si gustan, podemos modificarlos.

—No, no será necesario —afirmó David.

—Está bien así —apoyó Arístides—. Tengo otra pregunta: ¿Y cómo se mantienen las personas ficticias? Digo, porque tus criados se ven bien reales.

—Cada persona o grupo de personas una vez creados siguen normas de conducta aleatoria, extraídas del gran banco de datos de las reacciones humanas, excepto si les defines una condición en particular. Si son personas que van a tener un uso constante, entonces el carácter puede irse modificando con el tiempo.

Guardaron silencio y una pareja surgió de la nada, acompañados de un niño pequeño.

—Les presento al señor Nody y la señora Avi —dijo Cintia—. Ellos han sido mis buenos vecinos durante el último año.

—Mucho gusto —dijo la mujer, inclinando cortésmente la cabeza.

—Mucho gusto —añadió el hombre e imitó el gesto.

Hubo un instante de embarazo hasta que por fin Arístides afirmó:

—El gusto es mío.

—Eh... y también mío —secundó David.

—¿Nos acompañan a tomar una taza de té? —inquirió Cintia.

—Lo lamento, pero no podemos —respondió la señora Avi con un deje de pesar en los ojos—; llevamos al pequeño al cumpleaños de una amiga.

—Pero en otra ocasión lo haremos gustosos —añadió el señor Nody.

Tras nuevas inclinaciones de cabeza el "matrimonio" se retiró de la misma forma en que llegó.

—Es... es... —Arístides luchó por encontrar el término adecuado— muy... humano, tanto que me molestó.

—Como les dije en un principio: ya se acostumbrarán —afirmó Cintia—. Yo vivo en una villa idéntica a la real y trato de ser "normal"; creo que es tan buen método como cualquier otro para escapar de la locura y la depresión constante.

La mujer siguió hablando, pero David no le prestó atención. Su mirada se perdió en las lejanas montañas del paisaje, mientras intentaba definir sus extraños sentimientos. Al principio había sentido ira, luego desesperación y finalmente algo entre la curiosidad, la apatía y la indiferencia. ¿Podría, se preguntó, en verdad llegar a adaptarse por completo a ese ambiente?

## 2

La gente se divertía en la playa, disfrutando del clima tropical, al tiempo que unos peatones deambulaban entre las tiendas de la cercana avenida. Era mediodía y una agradable brisa marina barría el lugar. Sobre el ajetreo, en el balcón de un departamento, David reposaba sobre un cómodo sofá. A su diestra una pequeña mesa con bebidas contenía algunos vasos vacíos.

—Viva el verano —comentó el hombre brindando solitariamente; luego, entró al living—. Televisor, canal noticioso 16.

La pantalla cobró vida y el rostro de un locutor empezó a narrar diversos acontecimientos sociales. Daniel observó sin prestar mayor atención a los clásicos chismes de los famosos hasta que, aburrido, ordenó al televisor apagarse. Luego, lanzó el vaso con un resto de licor contra la muralla y lo hizo desvanecerse antes de que sus pedazos tocasen el suelo.

Se arrojó en el sofá sin saber qué hacer. Ya eran 5 semanas en su prisión y todavía le costaba aceptar el hecho. Aún le dolía el no poder efectuar algo físico para salir de allí, aunque fuese el suicidio (ya lo había intentado con un arma y nada logró, salvo el dolor). De momento estaba dedicado a perfeccionar su manejo del entorno y casi nada más. En ocasiones bajaba a pasear por la ciudad ficticia —construida con retazos de las que conocía— y charlaba con algunas "personas" (lo cual seguía poniéndole incómodo). Confrontaba estas experiencias con las realidades virtuales de su mundo y, si bien en apariencia podían confundirse, el despliegue sensorial era muy superior aquí.

Llamó su atención el parpadeo del videófono que indicaba un mensaje visual (equivalente a una antigua carta). Lo accionó y se encontró con algunas líneas de Arístides que lo invitaba a su casa a cualquier hora de la tarde. Bien, ya era tiempo de verse, luego de tantos días aislado, así que se colocó una chaqueta y —manipulando el brazalete— activó la "puerta" que lo conduciría a su destino.

Un viento constante, aunque no fuerte, soplaba por entre las construcciones de piedra y David se preguntó si no estaría equivocado de lugar. Consultó el brazalete y solamente constató la exactitud de las coordenadas (imaginarias). Detrás de él estaba la puerta que lo había conducido hasta allí. Suspiró y observó con detención el paisaje, el cual ahora reconoció como marciano al percatarse de la rojiza arena y el par de lunas en el firmamento. Claro, Arístides era oriundo de ese mundo y, por



lo tanto, tendía a crear un medio ambiente familiar. Pero notó que las construcciones de piedra no habían sido fabricadas por el hombre. Pirámides enteras o truncadas se alternaban con una variedad de curiosas formas que incluían torretas, arcos y algo parecido a la esfinge.

—Tenía que ser un romántico —comentó en voz alta y echó a andar por un angosto camino asfaltado.

Nunca habían existido los marcianos y en el par de siglos de colonización y terraformación del planeta jamás hallaron restos de ninguna civilización, aunque no por eso los "Bradburícolas" (como solían llamarles) habían dejado de soñar. Empero soñar era bueno, se dijo, porque estimulaba la imaginación y la creatividad.

La luz del sol se filtraba con fuerza a través de las nubes y una suave neblina brindaba un efecto de sueño al paisaje. Y una vez más alabó la imaginación de su compañero, pues la conjunción de todos esos elementos creaba una sensación peculiar, cierto encanto místico a la escena, algo que no podía decir de su "mundo".

Luego de atravesar la ciudad arribó a una casa de corte moderno, medio empotrada en los faldeos de una colina y cerca de un gran cañón, en cuyo fondo discurría un río torrentoso. El sencillo jardín de la entrada le daba el toque de gracia a la imaginación desatada. La puerta se abrió cuando David se aproximó a ella.

—Bienvenido —saludó Arístides, vestido con una *tenida* sencilla e informal.

—Gracias, amigo —se dieron un apretón de manos y entraron—. Tienes buen gusto, ¿sabes? Esas pirámides marcianas le dan un aire muy especial a este lugar.

—Influencias de mi padre, que era arquitecto —explicó—. Vino aquí... para ayudar a buscar rastros de alguna civilización y no encontró nada, excepto a mi madre. —Ambos sonrieron—. Ahora trabaja en el Instituto de Geología Marciana y todavía sueña con arcanas y misteriosas culturas.

—Los humanos nunca dejaremos de soñar —acotó David tras mirar por el amplio ventanal del living—. Y ahora que podemos realizar todos nuestros sueños quizás sea peor. —Cambiando de tema preguntó—: ¿Tienes vecinos?

—Lejos, a más de una hora en camioneta. Por el momento quiero estar solo y no me agradan estos sujetos virtuales, aunque... las mujeres parecen de verdad.

—¿Ah, sí? —inquirió el otro con picardía y ambos se sonrojaron.

—Sí, amigo, y no digas nada más.

—No lo diré, no será necesario.

Conversaron largamente sobre sus vidas, labor que les ocupó toda la tarde. Al anochecer tomaron asiento al borde del cañón y contemplaron a las veloces lunas en su carrera por el majestuoso firmamento.

—Hace años estuve en tu mundo —comentó David mientras arrojaba una piedra en dirección al río—. Y todavía recuerdo ese peculiar aroma de la atmósfera.

—Sí, es por causa de las algas y agentes químicos de la terraformación. Dicen que cuando acabe, en unos treinta años más, va a ser diferente.

—Bueno, por lo menos se puede respirar casi libremente, no como en el siglo pasado.

Guardaron silencio y una helada brisa los envolvió, al tiempo que no lejos unas nubes amenazadoras se cernían sobre las montañas. En la llanura, una roja cortina se extendía por todo lo ancho de la vista.

—Mal tiempo, entremos —dijo Arístides. Una vez en el living explicó—: No durará más de doce horas.

—No me gustaría estar fuera con este clima; he visto que puede ser muy horroroso.

Antes de una hora la tormenta les cayó encima. A través del grueso vendaval pudieron ver la furia de la naturaleza en acción, que arrastraba incontables fragmentos del suelo; afortunadamente, la mayor parte era nada más que arena.

Un camión surgió en medio de la tormenta y se desvaneció instantes después.

—Lo siento, aún no me autocontrolo demasiado bien —se disculpó Arístides—. A veces pienso en algo y soy incapaz de definirlo como simple "recuerdo" en vez de "objeto".

—Y supongo que el vehículo era algún recuerdo personal.

—Oh, sí, era de los tiempos de mi niñez. Verás, en esa época debíamos transportar los víveres cada 40 días. Para eso utilizábamos el camión de un vecino y así nos abastecíamos todos los de la zona. No faltó la ocasión en que debimos atravesar una tormenta y, créeme, era como transitar por el mismo infierno. No, no me quedé traumatizado ni me aterroriza el viaje (sino jamás hubiese abordado el vehículo), ya que los camiones marcianos son los transportes de superficie más seguros que existen.

—Te creo. Vi en "Ciencia al día" todo lo que tienen: taladros para anclarse en las rocas más duras, posicionamiento satelital, piloto automático, etcétera.

—Se dice que cuando el viento vuelque uno, entonces el fin del mundo está cerca —comentó con nostalgia, trasluciendo cierta alegría en la mirada que le hizo pensar a David que el joven añoraba esos tiempos de niñez.

—Oh, sí, los únicos volcados fueron por imprudencia de los conductores...

Trozos de arbustos se estrellaron contra los vidrios para luego desaparecer en el vendaval.

—Me siento estúpido e inútil —comentó David—. Creo que jamás podré adaptarme a todo esto. Se supone que estamos en una especie de paraíso personal y todavía así no me agrada. —Pensó en la "libertad", un término tan ampliamente

usado a lo largo y ancho de la historia que aparecía antes sus ojos como algo desgastado, aunque, en verdad, no por ello menos válido—. Hay ocasiones... en que sueño... sueño con...

—¿Escapar? —se aventuró a preguntar Arístides—. Sí, yo también; y supongo que será el sueño de todos al llegar acá. Pero ya sabes que sin medios físicos nada podemos hacer, aunque si tuviésemos habilidades psíquicas...

—Ya estaríamos muertos —terminó David—. No veo qué...

Por un instante lo invadió un extraño mareo que dio paso a un sopor y —cuando se vieron a la cara— comprendieron que ambos experimentaban lo mismo.

—Otra vez —comentó Arístides—, igual que la semana pasada. —Ante la cara de interrogación de su compañero explicó—: Era de madrugada, así que seguramente estabas durmiendo. Espero que esta vez...

El videófono pestañeó con un mensaje urgente de Cintia.

—Observen su TV —indicó la mujer—. Tenemos imagen del exterior.

En la pantalla se vio el fondo estrellado del universo. En la parte inferior un gran planeta con una pequeña luna se acercaba lentamente; alrededor, algunos destellos señalaban explosiones.

—Sus defensas nos disparan —notó Arístides.

Un destello luminoso más grande que los demás los encegueció unos instantes. Luego, el planeta pareció ascender en la pantalla.

—Están usando armas nucleares —dijo Arístides, acariciándose las sienes para combatir el dolor de cabeza que lo embargaba—. ¡Se suponía que no debían utilizarse en el espacio!

—¿Y crees que eso importa? —inquirió David— ¡Están más desesperados que nosotros, maldita sea! No ha habido forma de detener a estos demonios.

Otros destellos, esta vez en forma de haz de luz, surcaron el firmamento mientras el planeta se hacía más grande en la pantalla. Una extraña interferencia sacudió la imagen por una fracción de segundo.

—Explosiones dirigidas —comentó Arístides—. Ya veo, las otras eran distractores o disparos al azar, y ahora que las I.A tienen blancos están afinando la puntería. Espero que nadie...

—¡Acertaron! —gritó Cintia—. Esa alteración de la imagen fue porque tuvieron una baja.

Los dos hombres sintieron una gran alegría que se disipó casi de inmediato. ¿Y si el siguiente blanco fuesen ellos, les agradecería morir sabiendo que esa pequeña victoria se conseguía a costa de sus propias vidas? Hubo un instante de perplejidad, pues cada uno estaba consciente de que pensaba lo mismo que el otro.

—No sabemos a quién le darán después —dijo Arístides en voz baja.

—¿Quieres morir? —inquirió David, dejándose caer sobre un sofá.

—Claro que no, pero... —luchó contra el mareo y sus sentimientos encontrados. Pensó que quizás nunca dejara de sentirse injustamente culpable por... ¿por qué? ¿Por querer vivir? Entonces, ¿qué debía hacer en ese momento, cuál sería la actitud adecuada?

—No te dejes arrollar por la culpabilidad —pidió David, como si adivinase el pensamiento y sintiéndose confuso por el mareo.

—Es... es tan difícil —dijo el soldado, conteniendo sus ganas de llorar—. ¡En estos mismos instantes ellos nos están utilizando para matar a los nuestros!

Un fusil surgió en el aire frente a Arístides, quien lo cogió y disparó contra un muro, despedazándolo y permitiendo que la tormenta los invadiera. David nada dijo y esperó a que el otro dejase de disparar contra el viento, ya que ése era su desahogo. Cuando se detuvo dejó caer el arma. El viento se arremolinaba a su alrededor y hacía difícil el distinguirse mutuamente. Por un lado era mejor, pues así evitarían observarse al rostro y descubrir la idéntica mirada de rabia y desesperación. Durante una fracción de segundo David se preguntó cuál sería la reacción de Cintia y luego la olvidó, arrastrada por el viento.

\* \* \* \* \*

La "puerta" estaba disimulada entre otras en un pasillo, detalle que a David le agradó. La cerró tras de sí y abandonó el lugar para encontrarse en un patio pequeño y poco frecuentado, en el que algunos estudiantes debatían las materias en grupos. El hombre los dejó atrás y salió a un amplio corredor que lo llevó a la salida del edificio. Admiró la fachada de la construcción y le agradó su estilo (entre clásico del siglo diecinueve y vanguardista del veintiuno). Junto a éste había otros más agrupados en ese campus ficticio. El benigno clima primaveral contribuía a resaltar la calidez del mismo y deseó poder haber estudiado en un sitio como aquél.

Se dirigió tranquilamente hacia un centro de información para averiguar en dónde podría encontrar a su anfitrión. La pantalla se activó nada más rozarla y — luego de dar el nombre— un plano tridimensional le indicó a dónde debía dirigirse. Partió en esa dirección y al llegar tomó asiento en el pasto a la sombra de un árbol (faltaba casi media hora para el término de la clase).

—Hey, eso no se vale —exclamó una joven a su acompañante mientras caminaban hacia las cercanas canchas—. ¿Acaso quieres que te saque celos con tu vecino?

—No, mi linda, no —replicó su compañero—. Sólo era una broma.

David esbozó una sonrisa que murió con rapidez al recordar lo irreal de la situación. Se debatió entre el considerar que un hecho podía ser válido al margen

de su naturaleza (real o ficticia) y el pensamiento de no dejarse llevar por ilusiones o fantasías desmedidas.

"Tengo que aceptarlo", pensó y esta vez la idea le pareció menos perturbadora, casi natural. En cierta manera era como quedar inválido y acostumbrarse a la silla de ruedas: podía ir casi donde quisiera y hacer casi lo que quisiera, dentro de ciertos márgenes. ¿Y qué era la vida en verdad? Todo un conjunto de vivencias, buenas y desagradables, que lo arrastraban a uno a través de los años, años en los que uno hacía y decía cosas. Visto así, su vida podría continuar en forma muy semejante a como antes, inclusive... No, no, su esposa se había ido por voluntad propia, sin presiones, acabado ya el amor por diferencias demasiado profundas como para ignorarlas. No, eso ya estaba muerto y era mejor dejarlo así, al igual que su hermano menor que cayó bajo las ruedas de un camión sin frenos. Quizás otros pudiesen vivir del pasado, pero él no. "Al menos", pensó con ironía, "no acabaré en un asilo de ancianos pensando en lo que fui". Si hubiera en alguna parte...

—Gracias por venir —interrumpió un hombre—, estirándole la mano para saludarlo. ¿Tan tarde era?, se preguntó David—. Arthur Negoy, para servirle.

El cálido apretón de manos terminó de sacarlos de sus pensamientos y David se enfrentó a un hombre de unos cincuenta años, piel morena (casi negra, con ciertos rasgos polinésicos), ancha sonrisa y alrededor de un metro noventa de estatura.

—Mucho gusto —dijo David, a quien inmediatamente le cayó simpático el profesor. Era una persona de rostro afable y modales serviciales.

—No fui a visitarte antes porque prefiero que los nuevos primero se adapten y Cintia, como buena psicóloga, tiene más experiencia en *shocks* traumáticos. Ah, veo que no les dijo su profesión.

El hombre dudó antes de contar:

—Estábamos tan ocupados aprendiendo a desenvolvernos aquí que no le preguntamos.

—Creo que así era mejor —opinó Arthur—. La veían como a una igual en vez de sentirse como pacientes.

—¿Y usted lo sabía?

—Sí, desde un principio y, por favor, tutéame, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó y empezaron a caminar— ¿A dónde vamos?

—A mi oficina, es más tranquila. —Una vez arribaron le preguntó—: ¿Has visitado a los alienígenas?

—Oh, eso... no. Confieso que me da algo de miedo. Dudo que pudiese enfrentar a un extraño así como así, aunque... —sonrió con suavidad— la curiosidad es un bicho muy molesto. —Miró por la ventana que daba a una gran plaza e inquirió—: ¿Y tú? ¿Qué clase de mundo has creado?

—Una fantasía personal: la universidad perfecta que en cierta forma me recuerda a la mía antes de... llegar aquí. Pero hice un mundo completo con cuatro idiomas básicos que van evolucionando (soy profesor de lingüística). El planeta lo bauticé "Narnia" en recuerdo de una obra escrita hace casi tres siglos. Supongo que eso te aburre.

—No, no, todo lo contrario —afirmó David—. Mi pasatiempo favorito es la historia, así que soy todo oídos.

El otro hombre sonrió al ver una chispa de interés en los ojos de su invitado. Tomó asiento y dijo:

—En este lugar...

\* \* \* \* \*

—Me alegra saber que están mejor —comentó Cintia— y se sirvió un largo sorbo de la copa de vino. Luego, observó al soldado y añadió—: También te ves mejor, amigo.

Arístides sonrió con debilidad y con mucha menos amargura que semanas antes para después servirse más de la botella de champagne.

—Si, doctora, estoy mejor —afirmó e hicieron entrechocar sus copas.

Poco después se les unió el profesor y la calidez de la reunión se amplió.

—Bonita casa —comentó el recién llegado, mirando a Arístides—. ¿Se parece a la tuya?

—Es idéntica —aseguró con orgullo—. Mis padres se esforzaron mucho por construirla.

Charlaron animadamente sobre diversos temas de sus vidas anteriores hasta que de improviso Cintia dijo:

—Los otros desean conocerlos.

Se hizo un breve silencio que rompió Arístides al comentar:

—Supuse que ellos nos visitarían primero. ¿Cómo son aquí las normas de convivencia?

—No están definidas en su totalidad —respondió Arthur—. Existen algunas normas básicas como la no intromisión en intimidades ajenas.

—O el compartir la información de exterior que nos transmiten Ellos —acotó Cintia.

—¿Y cómo están seguros de que esa información es verídica? —preguntó David.

—¿Y cómo estás seguro de que estás vivo? —inquirió el profesor y la simple e inquietante pregunta permaneció resonando entre ellos durante largos y penosos segundos.

—Oh, vamos, no sigamos con esos pensamientos a "La vida es sueño" —pidió Arístides—. Es como criticar la redondez del círculo. Mejor pongámonos de acuerdo para visitar a nuestros vecinos; quizás alguno de ellos nos pueda dar más información de nuestros captores.

—Si, hay alguien —dijo Cintia y los dos hombres la miraron con interés—. Se trata de Zarik (ésta es una especie de traducción de su nombre ya que el origen es impronunciable). —Se echó un poco hacia atrás en su silla y explicó—: Es una inteligencia artificial de otro mundo, la única admitida en el círculo cerebral al que pertenecemos. Lo incorporaron hace más de mil años cuando sus creadores tuvieron una guerra con Ellos. Es, curiosamente, un ser con libre albedrío y que había tomado un gran apego a la existencia. Se acomodó sin mayores dificultades a nuestro modo de vida y él tiene más contacto con nuestros captores que nadie, tanto así que a veces las imágenes del exterior las canalizan a través suyo.

—Por lo visto han omitido decirnos más de algo —comentó Arístides, enfadado y mirando a la mujer con desconfianza—. ¿Hay otra cosa que se les quede en el tintero?

—Oh, no, no, por favor no lo tomen así —pidió ella, observando alternadamente a uno y otro—. Lo que sucede es que nosotros tenemos otro ritmo de vida.

—Sí, actuamos distinto —intervino Arthur, gesticulando con las manos y señalando alrededor—. Aquí nos hemos acostumbrado a la idea de la eternidad o inmortalidad, desde cuyo punto de vista unos meses o años no son nada. Tampoco hay un interés por saberlo todo a la vez, ya que existe tiempo de sobra para ello.

David meditó y acabó por encontrarle la razón al profesor. Ciertamente tenía no sólo que acostumbrarse a su confinamiento, sino también a otro ritmo de vida. Pero, pese a todo, algo en su interior se resistía a semejante cambio de personalidad. Casi sonrió cuando recordó que ya antes le habían dicho que poseía un espíritu rebelde. Sin embargo, era preciso arreglar la situación y por ello dijo:

—Lamento... haber pensado así, aunque... —miró a su compañero— no nos es fácil deshacernos de las costumbres de toda una vida.

—Lo entendemos —afirmó Cintia—. Es un maldito... paso que todos los que estamos aquí debemos dar.

Arthur se puso de pie y dijo:

—Muy bien, ¿quién quiere ser el primero en conocer a Zarik?

—Yo —contestó Arístides, incorporándose y siendo imitado por David, ante lo cual corrigió—: Nosotros.

Las paredes de la casa se desvanecieron y una puerta apareció tras el profesor. Cintia la atravesó primero y luego los demás.

No le pareció tan extraño a David el suelo, semejante a un líquido lechoso cristalizado, aunque al mirar en derredor lo definió como "mar congelado". Se

agachó para palparlo y notó que la superficie era ligeramente ondulada, como si el congelamiento hubiera sorprendido a un tranquilo lago de suaves olas.

—Es extraño y familiar a la vez —comentó Arístides.

—Sígueme —pidió Cintia y echó a andar hacia una cercana isla. Al aproximarse a ella, divisaron algunos cilindros suave y extrañamente tallados que emergían de la superficie, los cuales formaban un corredor que, pocos metros después, desembocaba en un arco de triple altura que un hombre; estaba confeccionado del mismo material que los cilindros. Más allá se divisaba una pirámide pequeña, colocada en lo que una vez fue la playa de la isla. La consistencia de dicha isla era de rocas y arena no muy diferentes de las conocidas por los hombres, a excepción de un tono morado que hacía juego son las nubes de semejante color que discurrían veloces por el cielo. Un par de soles rojos remataban la singular vista.

—Parece el santuario de una deidad lovecraftiana —comentó David y Arthur lanzó una carcajada; los demás los miraron extrañados y nada comentaron.

—No hay viento —notó Arístides—, pero las nubes se mueven.

Recorrieron en silencio el trayecto hasta el arco y de igual manera se acercaron a la pirámide.

Arístides no pudo evitar un escalofrío. La escena, debía reconocerlo, le ponía los pelos de punta, aunque no le encontrase motivo lógico a esa sensación. "¿Será porque esto es irrealmente real?", pensó. "¿Será porque todos los mundos extraterrestres conocidos no se parecían en lo absoluto a este lugar? ¿O será mi xenofobia o mi temor ante lo desconocido? Ahí están Arthur y Cintia, caminando como si estuvieran en un paseo por el campo y yo asustado como un conejo ante el lobo".

Penetraron a través de una enorme puerta y arribaron a una amplia estancia pentagonal y de cielo curvo, alumbrada por una claridad que venía de los muros y más que proyectarse se esparcía por el lugar, como si se tratase de una materia viscosa (o al menos esa fue la impresión de David). En el centro, una esfera de alrededor de un metro de diámetro flotaba sin soporte visible a la altura de la cabeza de un hombre. Dicha esfera era de superficie un tanto rugosa, ligeramente transparente y algo como virutas de metal rellenaban su interior.

—Saludos —fueron las palabras que parecieron surgir de todos lados—. Sean bienvenidos a mi morada. —En el acto, cuatro sofás de cómodo aspecto se materializaron frente a la esfera—. Tomen asiento por favor, y discúlpennme por no poder hacer lo mismo.

Arístides y David se sintieron perplejos por la bienvenida y apenas atinaron a hacer lo solicitado.

—Nos sentimos halagados con tu hospitalidad —afirmó Arthur—. ¿Cómo van tus asuntos?



—Bastante bien. He continuado trabajando en las estructuras n-dimensionales y Ellos parecen estar de acuerdo con mis cálculos.

—¿Y se van a decidir a probar tu idea?

—En principio sí, aunque no les agrada eso de crear un agujero negro, ni siquiera en un espacio controlado.

—Pero les sigue interesando el acceder a otros universos.

—Oh, así. Algunos inclusive anhelan poder mudarse a uno que sea estéril, sin vida, para poder trabajar en paz.

"Pero veo que esto no les interesa a nuestros recién llegados, así que prefiero cederles la palabra".

David cruzó miradas de perplejidad con su compañero al tiempo que pensaba: "qué cosa más extraña es este Zarik. Primero comienza una disertación científica en la que habla de agujeros negros como si de cocinar raviolos se tratase para luego pedirnos que hablemos. ¿Lograré entenderlo?"

—Bueno —dijo al fin, tratando de extraer de su interior al orador que no existía—... puedo ver que como vecinos se llevan bien y espero que hagamos lo mismo.

—Sí, eso —afirmó Arístides, parco y todavía confuso e inquieto.

—Vamos, relájense —pidió su anfitrión—. No soy una criatura alienígena que va a plantar huevos en sus entrañas, ¿ya?

David rió con algo de nerviosismo, liberando parte de su tensión para luego decir:

—Siempre me ha costado hacer nuevas amistades y... bueno, no se conoce un extraterrestre todos los días; en mi mundo apenas sabemos de otro par de razas con las cuales entramos en contacto hace pocas décadas. —Se sintió estúpido por mencionar algo que el otro sabía con certeza; mas, pese a todo, le pareció acertado el mencionarlo—. Jamás pensé comunicarme en directo con algún alienígena en persona ya que eso solamente lo hacen los diplomáticos.

—Yo tampoco pensé en hacer algo así —contó Zarik—. Fui creado como elemento de apoyo para la ciencia. Y aquí estoy.

—Pareces estar más informado acerca de ellos —dijo Arístides—. ¿Puedes contarnos algo más?

—Por supuesto. —Una imagen bidimensional de un vehículo espacial apareció frente a los humanos—. Este es el navío en el que nos encontramos; esas son las secciones del generador —los mencionados sitios fueron iluminándose a medida que se nombraban—. Finalmente, nosotros estamos aquí. —Un punto central parpadeó—. Y ellos circulan por los corredores que atraviesan la nave, cuya longitud es de doscientos treinta y nueve metros y su mayor diámetro de sesenta y cinco. Si gustan, puedo darles todos los detalles de su tecnología.

—No gusto, gracias —afirmó Arístides.

—Bueno —prosiguió—. Ellos vienen de un mundo situado casi al otro lado de la galaxia. Lanzaron su primer ingenio espacial hace más de veinticinco mil años y han conocido una cantidad indeterminada de otras razas. Se han extendido...

—¿Cómo son? —interrumpió David.

En respuesta surgió la representación tridimensional de un ser semejante a una araña, aunque sus "patas" tenían tres articulaciones y eran lisas. Tampoco poseían un aspecto desagradable, como los citados insectos, sino más bien extraño. Una parte del cuerpo poseía diminutas mandíbulas y no se veían rastros de ojos.

—Lo que están viendo es a tamaño real —informó Zarik—, es decir, casi tres metros.

—No tienen nada de impresionantes —opinó Arístides y pensó con ironía: "esto parece sacado del canal del descubrimiento espacial".

—La gracia es su cerebro —dijo Cintia—. Es más del triple del nuestro...

La mujer dijo más cosas que Arístides no escuchó al estar perdido en sus pensamientos. Ahora se encontraba algo más tranquilo, puesto que Ellos habían dejado de ser un misterio. Ya no eran los monstruos que muchos habían vaticinado ni las máquinas propuestas por otros. El temor a lo desconocido ya no lo atormentaba, pues tanto Zarik como Ellos le eran reconocibles. Sin embargo, una vez más en su interior dudó acerca de la realidad de lo escuchado.

—...corteza cerebral —decía Zarik cuando el joven soldado volvió a prestar atención—. Los hilos conductores transmiten los impulsos en ambas direcciones; es así como podemos ver y sentir esos momentos.

—Me gustaría saber más de esta técnica —dijo David.

—Puedo explicarla por completo —afirmó Zarik.

—¿Toda? —inquirió el hombre, perplejo—. ¿Permitirían ellos algo así?

—¿Y por qué no? —interrogó Zarik a su vez—. Aquí existe absoluta libertad mental; a fin de cuentas, no tenemos ninguna forma de escapar y transmitir esta información a otros. Corrijo, sí existe una forma: acceder a los niveles superiores de este enlace colectivo para controlar la nave. Claro que para que eso suceda ellos deberían morir y, como no duermen y lo dirigen todo, su muerte representa el fin de la nave y de nosotros.

—Somos como pasivas y miserables neuronas —comentó David, incapaz de contener su amargura y dándole salida mediante la ironía.

—Somos más que eso —corrigió Zarik—. Recuerda aquella vieja frase: "Pienso, luego existo".

David se acomodó en su asiento mientras que Arístides le decía:

—Hace tiempo que acordamos no amargarnos, amigo.

—Tienes razón —reconoció el hombre como si sintiera el peso de las miradas de los demás—. Por favor, discúlpeme.

—No hay nada que disculpar —aseguró el profesor—. Al contrario de otros, considero que sí hay que dar salida al lado negativo de uno de vez en cuando.

—Bueno, bueno, nada de caras tristes —pidió Cintia—. No estamos aquí para eso, sino para conocernos.

—¿Alguno de ustedes quiere contarnos su vida? —preguntó Zarik.

—Yo —dijo Arístides y comenzó a narrar.

## 3

—Hay veces en que me aterra nuestra inmortalidad —aseguró David, sentado en el borde del cañón marciano junto a Arístides y Cintia. Extendió sus manos al cielo y añadió—: Seguir haciendo esto por la eternidad. Ya no es amargura, sino inquietud, inquietud conmigo mismo. —Suspiró—. No sé si vaya a cambiar para mejor o peor.

—Yo he aprendido muchas cosas —dijo Cintia—. Ahora poseo amplios conocimientos de medicina, lo cual antes era solamente un hobby. —Al ver las sonrisas irónicas de los hombres reconoció—: Sí, era una doctora frustrada, ¿satisfechos?

—No más frustrada que yo como piloto espacial —aseveró David.

—O yo como científico —añadió Arístides.

Los tres rieron por las confesiones.

—¿Cómo se hace para aprender? —preguntó David.

—El control de tu brazalete tiene un apartado denominado "Información por materias". ¿Lo han visto? ¿No? Bueno, a mí también se me pasó por alto al principio.

—Nos costó mucho aprender a moldear la realidad —contó David.

—Aquí vamos. —La mujer accionó el brazalete y los hombres la imitaron. Hurgó entre las opciones y les señaló la mencionada—. Aquí, como ven, tiene un indicador por materias y al seleccionar, por ejemplo, música tenemos todas las variaciones. Escojo "Danzas folklóricas tailandesas" y me encuentro con la opción "Transferir información", la oprimo y... —aguardó unos segundos en los que permaneció como en trance— ¡ya! Soy una experta en danzas tailandesas, inclusive podría bailarlas.

David nada comentó y escogió el ítem "Navegación espacial". Durante largos segundos le pareció sumergirse en un torrente de palabras, cifras e imágenes que se sucedían a una velocidad vertiginosa antes sus ojos y oídos. Este concierto fue *in crescendo* hasta llegar a colmarlo, abrumándolo, quedando como atrapado dentro de las páginas de un libro monstruoso, cual agujero negro que lo devorase inexorablemente. No pudo respirar y gritó, más bien aulló, por un tiempo que le

pareció una eternidad mientras todo a su alrededor se disolvía en la negrura, hasta que finalmente la negrura se apoderó de su cerebro.

Abrir los ojos no le costó tanto como reordenar las ideas que flotaban dispersas en su cabeza. Cuando finalmente lo hizo, descubrió que estaba en una habitación de paredes desnudas con un amplio ventanal que daba a un día soleado en un cielo límpido y sin nubes. A su derecha, Arístides y Cintia lo observaban.

—Al fin despiertas, impaciente —dijo Arístides.

—Eh... ¿Qué sucedió? —preguntó David y sintió que las palabras salían de su garganta con dificultad.

—Shock por sobrealimentación de tus neuronas —contestó Cintia—. Eres un perfecto imbécil acelerado. —El hombre no se sintió ofendido—. No puedes asimilar una materia tan compleja de un golpe, sino por trozos.

—No dijiste eso —objetó.

—Iba a decirlo cuando tú, tontamente, lo hiciste. Por fortuna ellos han dispuesto múltiples sistemas de control.

El mareo y cansancio de David no le impidieron preguntar:

—¿Por qué, entonces, tenía esa opción?

—Porque alcanzado cierto estado el cerebro humano puede rendir más, mucho más de lo que rinde ahora.

David se incorporó a medias y luego se bajó de la cama con lentitud. No se sentía tan mareado como para no caminar y se dirigió hasta la ventana; ahí descubrió un singular paisaje: el mar que se extendía hasta el horizonte y que parecía de suave oleaje. No, no era un mar, sino una extensión de agua surcada por suaves ondulaciones. Por lo visto, la habitación era todo lo que existía en el lugar y se encontraba a ras del agua.

En la pared opuesta existía una puerta que estaba cerrada.

—Este lugar te ayudará a recobrar la tranquilidad —indicó Cintia—. Descansa por unas horas y luego márchate a casa, ¿vale?

—Sí, de acuerdo.

Las dos visitas salieron por la puerta y se alejaron de la habitación, caminando sobre el agua hasta perderse en la distancia.

\* \* \* \* \*

—Por lo menos el conocimiento quedó retenido en tu cabeza —dijo Arthur.

—Oh, sí —afirmó David con una suave sonrisa—. Ya hice un vuelo de prueba y todo salió de maravillas.

—¿Has aprendido algo más?

—Química, una materia en la que siempre fui malo. Y... bueno, quisiera inscribirme en un curso de lingüística en tu universidad.

El profesor primero demostró asombro para luego alegrarse y reconocer:

—Eres el único que ha pedido algo así. ¿Por qué?

—Porque considero que tiene más "sabor" y parece más "real". Además, ¿qué importancia tiene el tiempo ahora?

"Tampoco tengo que ocultarme a mí mismo el hecho de que he aceptado definitivamente mi cautiverio", pensó, pero no lo dijo. De todas formas, por la expresión del profesor podía colegirse que pensaba "al fin" (o algo semejante. ¿Serían tan obvios los estados de ánimo que acontecían en ese lugar?).

David sentíase diferente, como si el *shock* de la materia asimilada forzosamente lo hubiera convencido de ¿su error, su incapacidad de aceptar la situación? Fuese lo que fuese ya había transpuesto esa marca y ahora podía marchar libre y sin temores dentro de su mente.

—La semana que viene empezaré otro curso —dijo Arthur y ambos brindaron.

\* \* \* \* \*

—Espero que la próxima vez tengas tiempo para una copa —dijo la joven.

—Oh..., sí, es posible —afirmó Arístides y cogió su bolso—. Nos vemos.

—*Bye bye* —se despidió ella y un cierto aire de coquetería brilló en sus ojos.

El joven se alejó de la tienda de repuestos con pasos rápidos, deseando poner la mayor distancia posible entre ambos. "Soy un cobarde", pensó. No quería llegar a establecer una relación con alguien ficticio, por mucho que le agradase. Oh, cierto, podía haberla desaparecido, pero no lo haría. Recordó que Cintia tenía a ese matrimonio de vecinos, con quienes al parecer hacía buenas migas. Por lo visto, la mujer los tomaba tan en consideración como si fuesen reales.

—Acostúmbrate, tonto —dijo en voz baja mientras veía a un anciano que llevaba un bebé en brazos.

Por alguna extraña razón sentía cierto rechazo ante la idea de utilizar el brazalete en público. No, no tan extraño, porque eso en verdad le restaba realidad a la fantasía en que vivía. Su aclimatación era casi total a poco más de dos meses de estar ahí. ¿Dos meses o más? No quiso mirar el reloj ya que ahora el tiempo no tenía la menor importancia; podía ser eternamente joven y sano. Aunque quizás...

Se detuvo en seco frente al camión, inquieto por algo indefinido. Observó el vehículo y los alrededores sin notar nada extraño. Depositó con cuidado su bolso en la cabina y miró el suelo, las ruedas... Sí, ahí estaba, en la rueda frontal derecha: una pequeña deformación en la llanta que se deslizaba hacia el suelo, como las

ondulaciones del mar. Sin previo aviso, se desvaneció y todo pareció normal. Permaneció perplejo y extrañado ante el evento.

—Bueno, no todo podía ser perfecto —murmuró al fin y abordó el camión.

\* \* \* \* \*

David surgió en un paisaje sombrío, más bien lúgubre, en el cual su figura era un marcado contraste con la vegetación: oscura, torcida, como prensada contra la superficie por una fuerza superior. Los árboles eran altos y densos, repletos de lianas que llegaban hasta el suelo y poco numerosos. La mayor parte de la flora estaba compuesta de arbustos achaparrados que crecían sobre un suelo verdigris. Había rocas y piedras, así como cercanas colinas cubiertas de musgo pálido. Completaban la vista tres lunas grandes y rojizas que deprimieron todavía más al hombre.

—Es horrible —comentó Arístides, llegando de improviso a su lado y asustándolo—. Oh, disculpa, no era mi...

—No importa, no importa —cortó David—. Espero que este sujeto sea más cálido que el medio ambiente.

—El profesor dice que es amable pero no exagerado.

—¿Cuál dijeron que era su nombre?

—Aggsorfaun —contó David en tono de aclararse la garganta.

—Agg-sor-faun —silabeó el joven con cuidado, tratando de hacerlo bien para no ofender a su anfitrión.

David señaló un lejano poste situado en la cima de una colina y se encaminaron hacia allí.

—Podían habernos dado más información por lo menos —se quejó Arístides y su compañero asintió—. Eso de "vayan, porque quiere conocerlos" fue demasiado lacónico.

Al llegar junto al poste descubrieron que éste había sido confeccionado en cierto tipo de roca, cubierto con extraños símbolos en toda su extensión (unos cuatro metros, calculó David).

—No es más grueso que yo —notó Arístides—. ¿Qué será?

—Quizás sea un cartel de "No fumar", "Prohibido estacionar" o "Cuidado con el perro" —dijo David y ambos sonrieron.

Luego de observar el objeto se dedicaron a mirar los alrededores con ayuda de pequeños y potentes binoculares. El paisaje que se extendía ante sus ojos era semejante al que habían dejado atrás, excepto por una neblina lechosa que discurría suavemente a ras del suelo.

—Allá, mil ciento veinte metros al NE —señaló Arístides.

Unas construcciones se alzaban en medio de una planicie algo más elevada que el terreno, dando la impresión de una isla sobre un mar de neblina. Las edificaciones eran como cilindros de diversos tamaños y diámetros, son una superficie de color gris y terciada por líneas negras. No se distinguían puertas, ventanas ni otro tipo de aberturas.

—Este lugar le encantaría a Drácula —comentó Arístides y se echaron a andar hacia las edificaciones.

—¿Sabes una cosa, amigo? —preguntó David—. Estas situaciones me hacen sentir ajeno y ridículo a la vez.

—¿No te gusta la exploración de lo desconocido?

—Pues..., sí, aunque no de esta manera. Pero reconozco que cuando niño soñaba con explorar las estrellas. Inclusive al salir de secundaria solicité un folleto de la Academia de Exploración Espacial. Abandoné ese interés al comprender que mis inclinaciones eran otras. Quizás en diferentes...

—Mira, ahí hay algo.

Una criatura había surgido sobre el cúmulo de cilindros y no pudieron definir si provenía de ellos, el suelo o el aire. Era del doble de la estatura de un hombre y tenía rasgos reptiles y cuatro piernas, con cabeza achatada y desproporcionadamente grande para el cuerpo. Cuando se puso en movimiento, los visitantes aminoraron la marcha, indecisos. Al acercarse, notaron la existencia de dos pares de brazos en la base del cuello. Un artefacto metálico oblongo estaba situado en el lomo y varias cadenas, compuestas de anillos planos, le cruzaban el cuerpo; al final de algunas había extraños aparatos de diversa forma.

—Hola —saludó Arístides cuando estuvieron a pocos metros de la criatura—. Agradecemos tu invitación y nos complace...

Con un gesto repentino que acalló al joven por lo sorpresivo, el ser extrajo dos discos grises y gesticuló frente a ellos en un movimiento semejante al acto de lavar vidrios. Desplazándose de costado, los rodeó mientras efectuaba dicho movimiento hasta completar un círculo en torno a ellos.

—Eh, nosotros... —balbuceó David y la criatura se inmovilizó, como si pensara acerca de qué hacer con los extraños.

Tan rápido como antes, el cuadrúpedo dio media vuelta y se lanzó al galope hacia las edificaciones, dejando perplejos a los hombres.

—¿Qué fue eso? —inquirió Arístides—. ¿Trató de comunicarse telepáticamente o algo así? Porque, lo que es yo, no sentí nada en mi cabeza.

—Quizás es de la Sociedad Interplanetaria de Mimos —bromeó David, consiguiendo sólo una débil sonrisa en su compañero—. Mejor sigamos tras él; tal vez esa era su forma de saludarnos y nosotros fuimos incapaces de comprenderlo.



—Oye, ¿acaso no tenemos (según Cintia) traducción instantánea de otros lenguajes, a excepción de que lo desactivemos? —Consultó su brazalete—. Está OK.

—Vamos —dijo David con impaciencia.

—Mira esos globos —indicó Arístides a poco andar y sonrió al añadir—: A lo mejor llegamos en medio de una fiesta.

—En ese caso anda sacando los alfileres.

Algunos pasos más allá uno de los globos comenzó a derivar hacia ellos. Su superficie no era totalmente lisa y unos pequeños flecos pendían en sus costados.

—Oh, oh, eso no es un globo —notó Arístides.

—Saludos —dijo la criatura esférica con un extraño y agudo timbre.

—Sa... saludos —balbuceó David.

—Saludos —repitió Arístides y rogó porque el ser no los hubiese escuchado.

—Distinguirlos me es fácil por su morfología, aunque su costumbre es por nombres; ¿podrían decírmelos?

David quedó un tanto confundido por la forma de expresarse del alienígena y antes de poder contestar su compañero lo hizo por ambos.

—El mío, para mutuo reconocimiento, es (o sería) en su idioma, Metalampura; mas, si les acomoda, pueden decirme simplemente Meta.

—De acuerdo, Meta —aceptó Arístides—. Espera, Cintia nos dijo que te llamabas Aggsorfaun.

—Eso fue en mi anterior ciclo anual, el primero. A contar de este segundo ciclo soy Meta.

Antes que pudieran proseguir, la desagradable sensación de mareo los envolvió y los hombres se tambalearon hasta el punto de caer al suelo.

—Maldita sea —exclamó Arístides con rabia, al tiempo que el mundo giraba a su alrededor.

—Es peor que antes —dijo David—. ¿Qué sucede?

—Situación difícil y complicada —afirmó Meta—; les está exigiendo un alto grado de procesamiento. El conocimiento no siempre nos llega, por desgracia.

—No sé y no quiero saber, ¡no quiero! —gritó Arístides, golpeando el suelo y sollozando con amargura.

Permanecieron largo rato en ese incómodo estado hasta que finalmente todo volvió a la normalidad. Sin prisas —y con mucha calma— David dejó fluir los últimos restos de su malestar. Por precaución, se quedó tumbado en el suelo hasta que se sintió con fuerzas para proseguir.

—Maldita desgracia, recuerdo constante de la prisión nuestra —comentó Meta al tiempo que, tambaleante, retomaba altura—. Esto ofende directamente al orgullo de mi raza.

—Y el nuestro también —afirmó David y se contuvo de escupir—. Mierda, esto fue peor que otras veces.

—Y más largo —acotó Arístides. Pateó una piedra y añadió—: ¡Malditos!

—Lo siento, Meta, pero se me acabaron las ganas de conversar —se disculpó David—. Hasta luego.

Los hombres se encaminaron, vacilantes y todavía aturridos, hasta la puerta.

\* \* \* \* \*

Cintia cruzó las piernas sobre la superficie, imitando la posición del loto y comentó:

—Ayer tuve pesadillas.

—Yo no —afirmó Arístides al tiempo que pateaba una piedra que se alejó flotando hacia el vacío.

—Mis sueños fueron normales —añadió David—, tanto así que apenas los recuerdo.

—Interesantes períodos de inconsciencia los suyos —dijo Meta—. Reposar con el fin de recuperar fuerzas.

—El metabolismo de ellos no se realimenta constantemente como el tuyo —explicó Zarik—. Además, tú casi no tienes músculos que ejercitar, salvo el trío de apéndices de tu parte inferior.

—Ejercitar músculos es bueno —afirmó Denitork, un ser de dos metros y medio, semejante a un cruce entre sapo y lagarto, calzado con una especie de sandalias y el pecho adornado con placas hexagonales de metal. Era bípedo y andaba erguido como los seres humanos, aunque parecía que en cualquier momento iba a colocarse en cuatro patas. A David, pese a que lo conocieron días atrás, todavía le daba cierta comezón acercársele.

Meta derivó con suavidad hasta quedar cerca de Arístides, a quien le preguntó:

—¿Has pensado en alguna forma de escapar?

—En lo absoluto —contestó el joven tras patear otra piedra—. Ya sabemos cuál es nuestra situación.

—Cintia lo aclaró todo el primer día —informó David—. Todo esto es imaginario, por lo tanto, no tenemos los medios físicos para escapar. No porque yo lo desee mi cerebro va a crear patas con las cuales huir de mi cautiverio.

Arístides pateó otra piedra, la cual se perdió rumbo al infinito; ante ello, David comentó:

—No está mal, pero... —hizo aparecer un palo de golf y se dirigió hacia una roca más redonda— pero así se hace —balanceó cuidadosamente el palo y de un fuerte y rápido golpe la mandó tras su compañera.

—No está mal —imitó Arístides—, pero ¿y el hoyo?

—Oh, eh... Cygnus 61, a 76 años-luz

Arthur, entonces, sujetó delante de él un cuadrado de un metro que imitaba una pantalla y con rostro pétreo informó:

—Júpiter. —Las iniciales SSN (Solar System Network) aparecieron en el borde inferior derecho del cuadrado—. Dos seres humanos y un trío de extraterrestres disputan un enconado partido de golf interplanetario. El suspenso es grande y trillones de espectadores se muerden las uñas en espera del resultado.

"Este bloque deportivo estuvo presentado por pastillas para la diarrea Esfinteridrina".

Cintia y los golfistas rieron de buena gana con la broma.

—Esto es lo que llaman "humor" —comentó Zarik a Meta.

—Extraño concepto —dijo Denitork—. Provocar convulsiones ante hechos imaginarios...

—¡Allí! —exclamó Arístides de improviso al tiempo que señalaba una de las numerosas rocas que les rodeaban.

—¿Qué es eso? —preguntó David.

La mancha, deformación o lo que fuese alteraba la imagen de la roca, haciéndola temblar ligeramente. De un instante para otro desapareció y todo se vio normal.

—Ya se fue —comentó David. Miró alrededor—. No veo más.

—A veces sucede —dijo Zarik—. Es un error de simulación.

—No pongan esa cara —pidió Cintia—. ¿Acaso creen que esto era perfecto?

—Parecía serlo —opinó Arístides—. Por lo menos, ya sé que no es mi imaginación.

—Tal vez sí lo sea —dijo David—. Quizás se trate de la manifestación del algún pensamiento profundamente enterrado en nuestra mente.

—No —contradijo Zarik—. Todos los parámetros de esta reunión en este sitio fueron rígidamente establecidos para lograr una especie de "sala común". Se ha hecho así durante décadas para evitar posibles malentendidos entre los miembros de distintas razas.

—La libertad de crear ambientes existe sólo en nuestros mundos individuales —puntualizó Cintia—. Eso lo verán con claridad cuando visiten a nuestra compañera... perturbada: Denisse.

—¿Cuándo iremos? —preguntó David, observando a las pelotas de golf incrustarse en un asteroide.

—Ahora mismo, si les parece.

—Me parece —aceptó el hombre—. ¿Y tú, colega?

—Oh... —vaciló un poco—. Bueno, ¿qué más da?

Cintia les señaló una puerta que se abrió a su lado y los tres penetraron en ella.

Todo estaba en penumbras; pero una penumbra azulada que recordaba en algo a aquellas viejas películas en blanco y negro. No obstante, la similitud era solamente parcial, ya que aquí los detalles lejanos eran borrosos. Un fuerte viento sopló unos instantes para luego morir y dejar a un oxidado columpio cimbrándose quejumbrosamente.

—Parece un pueblo fantasma —opinó Arístides, observando con interés las edificaciones circundantes.

David iba a comentar algo cuando una serie de destellos multicolores los cegaron momentáneamente. Acto seguido, el suelo comenzó a disolverse en una especie de jalea semitransparente para luego convertirse en polvo y desaparecer por completo. Quedaron, entonces, flotando en la nada, una nada que poseía una tenue luminosidad ámbar que parecía surgir de todas partes a la vez.

—No siempre es tan inestable —explicó Cintia—. Con seguridad ahora creará algo fijo.

—¿Esto es la locura? —preguntó Arístides más para sí mismo y trató de encontrar algo distinto dentro de lo que los rodeaba, sin éxito.

—Me parece extraño que alguien con locura sirva a los propósitos de estos seres —dijo David. Miró a Cintia y añadió—: ¿O me vas a decir eso de que de la genialidad a la locura hay un paso?

—No puedo responder porque lo ignoro —reconoció la mujer—. Quizás..., y esto es sólo una especulación, esta extraña mente les sea una suerte de... espectáculo o diversión, al igual que nosotros con los juegos de computador.

—Ello implicaría que también se divierten —dedujo David—, ¿o acaso tampoco sabes eso?

—Sé que lo hacen, pero ignoro cómo. Zarik conoce más al respecto.

—¿Y ahora? —inquirió Arístides— ¿Esperamos algo o arrojamos una bengala para hacernos presentes?

—No será necesario —dijo David y señaló hacia atrás del soldado—. Ahí veo algo.

—Vamos —sugirió Cintia y se dirigió al lugar indicado volando con suavidad. Sus compañeros la imitaron y, conforme se iban acercando, distinguieron una plataforma circular de alrededor de doscientos metros de diámetro, rodeada de burbujas transparentes. Sobre la plataforma, un coro cantaba el Himno a la Alegría, de Beethoven. Frente a ellos se extendían ocho filas de asientos, repletos de un público que contemplaba ¿arrobado? el espectáculo. Algunos arbustos y pasto completaban el decorado, que parecía extraído de una plaza de pueblo.

—¿Quién es? —preguntó Arístides.

—La que está sentada al frente, a la izquierda —contestó Cintia.

David trató de observar a la mujer, aunque de espaldas solamente se le veía un sombrero de paja y los hombros.

—Esperemos a que termine el espectáculo —sugirió Cintia—. No le parecería bien el que interrumpamos.

El recital que incluía una pieza de jazz finalizó casi media hora más tarde. Para entonces, el cielo se había poblado de nubes rosadas y la plataforma se extendía hasta el infinito. David se preguntó en qué instante ocurrieron los cambios, puesto que no se había percatado.

—Muy bueno —comentó una pareja con niños que abandonó sus asientos luego de aplaudir con entusiasmo como los demás.

Sólo un pequeño grupo de conversación permanecía junto al director del coro y entre ellos se encontraba su anfitriona. Sin mediar palabras, Cintia fue a su encuentro.

—...se han superado —decía una mujer.

—Sí, la mejoría es notable y pronto se encontrarán entre los mejores —añadió un hombre que gesticulaba con las manos.

Denisse reparó entonces en Cintia y una gran sonrisa recorrió su rostro.

—Tanto tiempo, amiga —saludó y en ese instante todos los del grupo que conversaban desaparecieron—. ¿Cómo has estado?

—Bastante bien. —Señaló a sus compañeros—. Ellos son Arístides y David, nuestros nuevos... vecinos.

—Mucho gusto —dijo Denisse y les estrechó las manos. Dirigiéndose a David preguntó—: ¿A qué se dedica, señor?

—Soy... contador.

—¿Y usted, joven?

—Soldado, estoy aquí cumpliendo mi Servicio Espacial —contestó Arístides y antes de terminar la frase el suelo se volvió líquido; ahora parecía que todo el pueblo flotaba sobre agua.

—Vamos a mi casa —dijo la mujer y empezó a caminar sobre el agua en dirección a una lejana iglesia.

Los hombres observaron con extrañeza la naturalidad con que Cintia y Denisse conversaban. David se retrasó intencionalmente para comentar en voz baja:

—No parece tan... loca.

—Yo la veo chifladísima con ese traje a lo Dorothy.

—¿Dorothy?

—El mago de Oz —explicó Arístides y el otro meditó unos instantes antes de comprender.

David no quería reconocerlo, pero tenía algo de temor, no por él mismo, sino por lo que pudiera presenciar. ¿Qué sucedería si la mujer daba rienda suelta a su locura

o, peor aún, a sus temores internos? ¿Lloraría como una niña desconsolada, gritaría o se convertiría en una arpía o haría estallar todo su universo? ¿Cómo actuar en una situación así?

La llegada a la casa de Denisse interrumpió sus incómodos pensamientos y trató de coger el hilo de la conversación de las mujeres, recordando aquello de seguirle la corriente a los locos. Sonrió con cortesía al momento de ingresar y le gustó la sonrisa que le devolvió la perturbada.

—Cuánto han crecido tus flores —exclamó Cintia.

Las "flores" eran unas especies de cactus que daban descoloridos pétalos semejantes a los de las rosas. En contraste, coloridas mariposas revoloteaban alrededor y en ocasiones se aproximaban a las pequeñas serpientes que se enroscaban en torno a los troncos. Lo más llamativo era la ubicación: un gran cuadrado de cinco metros por lado, semejante a una enorme maceta, que ocupaba el living y era previo al comedor. Lo demás, sin embargo, era completamente normal.

—Hola, pequeños —dijo Denisse, acariciando con la mano izquierda una de las serpientes al tiempo que una mariposa se posaba sobre el dorso de la otra—. Tenemos visitas y espero que se porten bien.

David observó el comportamiento de su anfitriona y recordó su aversión personal a los ofidios, deseando fervientemente no verse obligado a tocar uno de estos. No sin cierto alivio escuchó a la mujer invitarlos al comedor, en donde tomaron asiento mientras ella partía a la cocina en busca de la comida.

—¿Esta casa siempre se ve igual? —preguntó Arístides en voz baja.

—Más o menos —respondió Cintia—. A veces tiene más ventanales o menos jardín. —Esbozó una ligera sonrisa y añadió—: Esperen a ver la comida.

—Pero... —empezó a decir David, lo pensó mejor y prosiguió—: No creo que todo siempre se vea tan... "normal".

—Es cierto —reconoció la mujer observando en derredor con un aire de tristeza—. A veces cuando duerme tiene pesadillas y entonces... ve las cosas desagradables que aquí se materializan, porque no tiene bien definido lo real de lo irreal; subconscientemente piensa en todo esto como un sueño, quizás una especie de refugio en contra de su horrible realidad, no sé. Recuerden que ni siquiera la psiquiatría moderna ha resuelto todos los misterios de la mente.

David pensó en lo dicho y se preguntó si sería posible crear un psiquiatra "artificial", semejante a las personas que los rodeaban, para tratar a la enferma mujer. ¿Lo habría pensado Cintia y Arthur? Tentado estuvo de inquirir, sin embargo se abstuvo, ya que en ese momento Denisse arribó con una bandeja con comida. Mientras repartía los platos, David retomó el problema y decidió no comentarlo en el corto plazo, porque tanto Cintia como Arthur parecían poco

proclives a tratar esos temas: había algo en su mirada, su voz y sus gestos lo inducía a callar. Aunque mientras más vueltas le daba al asunto más le atraía.

La comida era una extraña mezcla de dulces para fiestas y asado de cerdo, acompañado de té y jugos de fruta. Los invitados cruzaron miradas de perplejidad y comenzaron a comer dentro de un silencioso acuerdo.

—Espero que algún día traigas nuevamente a los Stemmens contigo —dijo Denisse.

—Lo haré, lo haré —aseguró Cintia—. Han estado demasiado ocupados remodelando su casa y el vecindario, así que los veo poco. —Miró a los hombres—. ¿No les dije que la comida era buena?

—Es estupenda, en verdad —afirmó David.

—¿La cocinaste tú? —preguntó Arístides, quien no sabía qué temas tratar.

—No, fue mi mamá, aunque yo hice el puré y las ensaladas. —Giró hacia la cocina—. Mamá, ven a ver a mis visitas.

Cintia aprovechó ese instante para hacerles un mensaje de "tranquilos" que surgió sobre su cabeza en forma de letras blancas. David no pudo evitar sonreír al notar el paralelo con antiguas revistas de historietas. ¿Por qué no se le ocurrió antes?

"Mamá" surgió entonces y pudieron verla como una mujer madura, de eterna y caricaturesca sonrisa, ojos grandes que no pestañeaban y vestida como doctora, todo ello en un cuerpo que bordeaba los dos metros veinte de altura. Los saludó a todos con una voz grave y melodiosa, le hizo cariño en la cabeza a Denisse y se marchó. Luego la comida prosiguió como antes.

—Fue agradable, después de todo —comentó Arístides unas horas más tarde, cuando se retiraban—. ¿Qué era esa oscuridad cuando llegamos?

—Un momento de depresión —contestó Cintia y tomó asiento en un banco que surgió de la nada en la pradera que cruzaban—. Tuvimos suerte de arribar cuando finalizaba. A mi me tocó presenciarlo una vez y no... no es agradable. En esos momentos recuerda varias veces seguidas la caída del avión en que iba su familia.

—¿Dónde ocurrió eso?

—Antes de llegar al aeropuerto local de su pueblo, en el sur de la capital de su mundo. Estaba sentada en la sala de espera y todos fueron sobresaltados por una explosión. Cuando se enteró de que era el vuelo de su familia se desmayó. —Suspiró con tristeza—. Pasó los siguientes ocho meses en una clínica psiquiátrica. Iba acompañada por su doctor hacia Nuevo Horizonte en busca de un mejor tratamiento cuando la nave fue interceptada por Ellos. Hasta donde sabemos no capturaron a nadie más y dejaron a los supervivientes abandonados a su suerte.

Arístides se estremeció ante el panorama descrito, puesto que había visto durante su entrenamiento grabaciones de naves al garete luego de un accidente, que fueron

encontradas meses más tarde. Y el panorama era desolador: cuerpos por doquier y en estado de putrefacción; pero —añadido a eso— estaba el registro de lo acontecido a bordo después del accidente, aquella sucesión de lamentos y desesperanzas de quienes se saben condenados.

—¿Cómo controla su realidad? —preguntó David— No vi que usara el brazalete.

—Lo hace directamente con su mente —respondió Cintia—. Ellos le dieron esa habilidad y ni siquiera Zarik sabe por qué. Es... es lo más extraño de toda esta prisión, una suerte de rincón de la locura que se automantiene, una celda aún más extraña que las nuestras. Por eso no interferimos ni tratamos de ayudarla, ya que no podemos hacer nada; ella tiene carta blanca con su locura y nosotros no somos capaces de entrometernos. Ni siquiera yo, que soy psiquiatra, puedo interferir.

Ésa era la respuesta que David estaba buscando, la explicación al casi "abandono" en que estaba Denisse. Eran absolutamente impotentes y el hombre sintió aún más lástima por la mujer.



## 4

—Eso fue muy loco de su parte —comentó la mujer y David se encogió de hombros—. ¿O no te parece?

—Eso de loco es relativo —opinó el hombre y trató de recordar el nombre de su invitada, una recreación de la vecina de un amigo que siempre estaba arreglando su jardín—. Yo mismo a veces creo que estoy loco... aquí.

—¿Aquí? —inquirió ella— ¿Qué quieres decir?

—Una... —señaló alrededor— prisión inexistente, excepto en nuestra imaginación... Olvídalo, mejor vuelve a tu jardín.

—Bien, pero si necesitas conversar con alguien no veo para qué me echas.

—No te estoy echando, yo...

En verdad lo estaba haciendo, dándole una orden a alguien virtual que solamente existía gracias a sus deseos.

—A ver, si... —empezó a decir David— Si estuvieras prisionera dentro de tu propia mente sin posibilidad de escapar...

De pronto la sensación de mareo lo envolvió, fuerte, desestabilizadora, haciéndole perder el equilibrio y cayendo sobre el sofá del living.

—¿Qué sucede? —preguntó la mujer cuando, de rodillas, se aferraba al sillón.

—Nuestro recordatorio de la prisión en que vivimos —contestó David. Al ver que no terminaba añadió—: Malditos, esto va para largo. ¿Cintia, Arthur, Arístides, Zarik, Meta? ¿Alguien me escucha?

Solamente el silencio le respondió y, de improviso, las cosas comenzaron a sufrir alteraciones, como una película borrosa. Los objetos parecieron disolverse por unos instantes para luego tratar de adoptar su forma anterior. El muro que daba a la calle desapareció y el cercano mar parecía disolverse en una bruma grisácea. En la calle, la gente corría asustada en todas direcciones. Las ruedas de los vehículos se deshacían en trozos semejantes a la arena y las palmeras parecían de granito.

—¿Qué sucede? —preguntó de nuevo la mujer con el terror pintado en el rostro.

—No lo sé —respondió el hombre y volvió a gritar los nombres de sus compañeros de prisión.

La pantalla principal del living se activó y la imagen borrosa de Zarik apareció en ella.

—Veo que estás bien —dijo la I.A. alienígena—. Los demás se encuentran en similares condiciones.

—¿Qué...?

—Fuimos alcanzados por una de tus naves durante un encuentro en una colonia lejana.

David se estremeció ante la idea de ser destruido por los suyos.

—¿Es muy grande el daño?

—Sí. No puedo contactarme con Ellos y el sistema que nos mantiene en nuestros mundos imaginarios apenas se sostiene. Creo que perdimos el contacto con sus mentes y eso sólo puede significar una cosa: murieron.

—¿Murieron? Pero... Maldición, ¿no podemos hacer nada?

—Hay algo. Intentemos hacernos cargo del control de la nave, aunque jamás me han permitido entrar en esa área del sistema.

—¿Pero podemos hacerlo?

—Podemos intentarlo.

—¿Qué hago para ayudarte?

—Ven con nosotros.

Una puerta se abrió ante los ojos de David y se dirigió a ella.

—¿Dónde vas? —preguntó la mujer.

—A arreglar esto. —Sintió tristeza por ese remedo de ser humano, una persona inexistente que nada sabía de su real situación. Hablaba y actuaba como humano, aunque no lo fuese. Pero le afectaba su sensibilidad, así que dijo con una ligera sonrisa—: Quédate aquí y espérame.

Al traspasar el portal arribó a un cuarto de medio centenar de metros por lado, tenuemente iluminado y de techo alto; sus compañeros lo aguardaban.

—Bien, ahora ¿qué? —preguntó David.

Zarik surgió flotando frente a ellos y les dijo:

—Tenemos que actuar deprisa. Tengo acceso a los sensores y ellos me dicen que sus naves de guerra están rodeando la nuestra con cautela. Parece que temen iniciar un ataque por temor a una trampa.

—Es probable —dijo Arístides—. Siempre se nos recomendó cautela al acercarnos a ellos.

—¿Sabes algo de tácticas espaciales? —inquirió Arthur.

—No, solamente de combate en superficie.

—Entonces, Zarik, ¿qué sugieres? —inquirió Meta—. Planes a seguir es lo que necesitamos.

—Podemos entrar en su sistema de control, pero ignoro si existe algún peligro. Quizás haya mecanismos de defensa que destrocen los recipientes que nos contienen.

Se hizo un silencio en los presentes, quienes intercambiaron miradas de preocupación. Denitork, quien siempre había sido parco, expresó:

—Intentar nada es lo mismo que morir, así que nada perdemos con hacerlo. Tarde o temprano los humanos nos destruirán.

—Tiene razón —apoyó Arthur—. De todas formas vamos a morir y a ninguno de nosotros nos gusta esta idea.

—Cierto —dijo Arístides y los demás asintieron con la cabeza.

—Tenemos, entonces, que penetrar el Control Central —explicó Zarik y una imagen se formó frente a ellos: era un diagrama simple que mostraba el sistema de control de la nave. Un punto se destacó—. Éste es el lugar, situado entre los motores y el puente. Hay que penetrar el flujo de información que va del computador (nosotros) a los mandos principales. Antes existía una barrera que me impedía el acceso y ahora no está, aunque eso no es garantía de que no existan defensas.

—Vamos —dijo Arthur—. Guíanos y haremos todo lo posible.

Una nueva puerta se abrió ante ellos y penetraron por ella. El lugar al que arribaron era una especie de caverna de paredes lechosas, tenuemente iluminada y de unos cien metros de ancho por cincuenta de alto.

—Normalmente el flujo de información llenaría este pasaje con torrentes de datos. Debemos llegar al final y acceder a los módulos de Control de Navegación y Defensa. En marcha.

Obedientemente, el grupo de prisioneros marchó tras la inteligencia artificial. Por el camino sortearon algunas protuberancias del terreno, espaciadas a intervalos irregulares. David empezaba a preguntarse qué representarían cuando una de ellas se hinchó desmesuradamente y estalló en un torrente cegador que los arrojó al suelo.

—¡Mierda, una trampa! —exclamó Arístides mientras notaba que su brazo izquierdo estaba bañado en sangre.

—Recupérate, tú sabes cómo —dijo Arthur, levantando la cabeza lentamente (estaba de bruces en el suelo).

—No puedo —dijo el joven, haciendo un gran esfuerzo por lograr que los mandos del brazalete le respondiesen. Más preocupado añadió—: No funciona.

—Los brazaletes están anulados —informó Zarik—. Yo mismo apenas puedo mantener el control sobre las puertas.

David se aproximó a su camarada y observó la herida, pensando en qué hacer. Extrajo su pañuelo y le aplicó un rudimentario vendaje.

—Eso bastará por el momento —afirmó el hombre, no muy convencido—. Pero... no puedes morir, maldita sea, esto no es real.

—Pero puede sufrir como si lo fuese —aseveró Cintia y señaló su pierna derecha: una mancha roja se extendía por el tobillo—. También fui alcanzada y me duele, aunque puedo caminar.

—Sigamos adelante, el tiempo apremia —urgió Arthur.

—Separémonos para darles menos oportunidades de herirnos a todos —sugirió Zarik—. Parece que la proximidad a las protuberancias las detona.

Así lo hicieron y continuaron el avance, separados y evitando la cercanía con los montículos.

Finalmente arribaron a cinco bifurcaciones de la caverna. Zarik les indicó una y siguieron por ella. A poco andar dieron con una especie de camino cubierto con extrañas losas hexagonales del mismo tamaño que parecían flotar sobre un mar aceitoso. Las losas se encontraban separadas entre sí por una distancia de aproximadamente veinte centímetros y se extendían por alrededor de medio kilómetro hasta lo que parecía ser una maquinaria, compuesta de tubos y espirales de un aparente gran tamaño.

—El control de Navegación y Defensa —señaló Zarik—. Sigamos separados y atentos a lo que pueda surgir. Jamás he estado en esta parte.

Se pusieron de nuevo en marcha y David observó con gran inquietud la maquinaria del fondo, pues le parecía que palpitaba como si estuviese viva. Se imaginó que podía ser el cerebro de sus captores, una especie de representación virtual de su mente; en realidad podía ser cualquier cosa y seguía inquieto por las heridas de sus compañeros. Constantemente miraba al suelo en busca de grietas o fisuras de las losas o, peor aún, de algunas que se desvaneciesen. Sería tremendamente fácil deshacerse de ellos en esas circunstancias y se extrañó de que el suelo no cediese repentinamente bajo sus pies.

—Es demasiado fácil, me da mala espina —comentó Arístides y se detuvo—. ¿Y eso?

Señaló al frente y vieron cómo una sección del suelo empezaba a levantarse, adquiriría el aspecto de una ola y se dirigía hacia ellos.

—Odio el mar —comentó Cintia y se cogió de la mano con Arthur.

—Vengan —dijo Meta y se aproximó a la pareja, arrojándoles un par de tentáculos que los elevaron del suelo.

Zarik descendió al nivel del suelo y les indicó a los otros humanos:

—Agárrense de mí.

Los dos hombres se asieron a la rugosa superficie de la esfera y ésta se levantó casi al mismo tiempo que la ola los alcanzaba. David miró hacia abajo y vio a

Denitork ser engullido por la onda. Cuando pasó, del extraterrestre no quedaban rastros. Lentamente, Zarik los depositó en el suelo unos metros más adelante.

—¡Denitork! —llamó Arthur con desesperación.

—No está con nosotros —informó Zarik—. Su cuerpo fue borrado de esta realidad.

—¿Volvió a su mundo propio? —inquirió Cintia.

—No lo sé. —Se hizo un silencio oprobioso, en el cual funestos pensamientos rondaron por las mentes de los presentes—. Sigamos.

A poco más de un centenar de metros de su objetivo, algunas paredes de la maquinaria parecieron fundirse para luego recomponerse. Luego, una espesa bruma formó una cortina frente a los intrusos.

—Alto —ordenó Arístides y todos le obedecieron—. Zarik, ¿tienes alguna idea de lo que será?

—Negativo. Pero, sea lo que sea, es la última barrera antes de llegar a nuestro objetivo.

—Parece simple neblina —opinó Cintia y dio un par de pasos hacia el obstáculo. Con cautela introdujo la mano izquierda—. No siento nada —indicó y avanzó otro paso.

—Espera, no sabemos... —comenzó a decir Metalampura y la mujer ingresó en la bruma. Durante algunos instantes pudieron observar su silueta y luego ésta se desvaneció.

—No capto nada de ella —informó Zarik—. Es como si hubiese desaparecido de este entorno, igual que Denitork.

Aguardaron en silencio, inquietos, expectantes, anhelantes, el retorno de su compañera. Pero nada ocurrió. No vieron ni oyeron nada, ni siquiera un grito o un ruido proveniente de la bruma que los separaba de su meta.

—Nos queda cada vez menos tiempo —dijo Metalampura y empezó a flotar en dirección a la niebla—. Los astros, nuestros ancestros y el cosmos puede que nos den la energía para triunfar.

Cuando el extraterrestre desapareció de la misma forma que la mujer, los hombres se miraron entre sí. Angustiado, Arístides preguntó:

—¿Alguna idea, Zarik?

—Esto es obviamente una barrera, aunque no tengo la menor idea de qué clase de impedimento se trate. Podemos hacer la suposición de que la muerte nos espera.

—En ese caso da lo mismo el que sigamos acá —opinó Arthur y se dirigió no sin cierta vacilación en pos del desaparecido alienígena—. Alguno de nosotros tiene que lograrlo, aunque sea sólo uno. El que sobreviva que trate de alertar a la humanidad. Adiós.

Sin mirar atrás el profesor se adentró en la niebla.

—Vencer o morir —dijo David y lo siguió.

—Adelante —comentó Arístides y fue tras su camarada, seguido por Zarik.

Todo lo que había alrededor de Cintia era borroso, no solamente debido a la niebla, sino a una extraña descomposición de la materia circundante en derredor. Era más bien como nadar en leche o, mejor todavía, como una burbuja dentro de leche. Lentamente la niebla se adhirió a ella, como mojándola, haciéndose más espesa a medida que ¿avanzaba? (no podía estar segura de moverse en una u otra dirección; el sentido de la orientación ya no le funcionaba). La niebla empezó a penetrar su ropa y posteriormente los poros de la piel. No sintió una oposición física a su andar; en cambio, las moléculas de su cuerpo parecieron reaccionar con locura ante la intrusión. No era una sensación de golpe físico, sino de golpe psíquico lo que la invadió hasta lo más hondo de su ser. Sentíase como atrapada dentro de una telaraña invisible, que la rodeaba completamente y que disolvía su ser en alargados jirones de consciencia cada vez más extraños. Quiso gritar pero su boca no le respondió o, quizás, ya no tenía boca. Quiso golpear, dar manotazos, pero su cuerpo no le hizo caso o, tal vez, ya no existía. Trató de verse a sí misma y no pudo distinguir nada. Era la disolución total de ella como entidad, la separación de su cuerpo y esencia.

Y entonces se dio cuenta de cuál era la característica de esa barrera: disolver al sujeto, hacerlo entregarse por completo a ella y, así, acabar con la amenaza, como si de diluir pintura se tratase.

Tenía que seguir siendo ella misma, tenía que rechazar la disolución que la acechaba, tenía que recordar y mantener en la memoria lo que había sido, quién había sido, cuál era su meta y su responsabilidad actual. "¿Para qué quiero vivir?", se preguntó. "¿Por qué no me dejo hundir en la nada y acabo con todo mi sufrimiento?" Sufrimiento. Había pasado por mucho de eso en su vida: su educación, su trabajo, su esposo muerto a manos de Ellos cuando los capturaron, sus pequeños ahorros con los cuales pensaba comprarse una casa en... ¿Marte? No lo recordaba, aunque el hecho le trajo retazos de su humanidad, aquella constante lucha por la supervivencia que todos llevamos desde la cuna, la misma supervivencia que ahora anidaba en su alma y la impulsaba a seguir adelante, a no rendirse en pos de su objetivo. No, no podía ceder ahora que estaba tan cerca, ahora que la clave para su permanencia en ese universo no se medía en unidades físicas. Era el momento de la voluntad, no del cuerpo físico y se concentró para enfrentar ese nuevo desafío.

Sentía cómo su esencia nadaba dentro del caos que amenazaba con disolverla. Enfocó sus energías en un punto al azar (cualquiera daba lo mismo) y arrojó contra él todos sus recuerdos, emociones y pesares en una especie de golpe psíquico. Por

unos instantes pareció que nada sucediese, empero luego la bruma sufrió un desasosiego y ella entendió que había acusado el golpe. "Soy yo, Cintia Lee, humana", pensó y evocó la energía al llegar a la meta en su carrera en las olimpiadas universitarias. Eso era, una gacela corriendo hacia la meta, rompiendo sus ataduras y lanzándose en pos del triunfo. Nada la detendría y mucho menos una maldita niebla que, en verdad, no existía como tal, sino como una manifestación artificial dentro de esa supercomputadora alienígena, la cual todos ayudaban a mantener. Sí, eran parte de ese algo, ese todo, así que debían ser capaces de superarlo, superarse a sí mismos.

Los jirones de niebla comenzaron a retorcerse, lentamente al principio y más rápido después. Cintia arrojó otra carga de emociones, esta vez haciendo alusión a sus momentos de pasión. Su primera entrega, su energía sexual desatada, el clímax y la dicha de sentir, disfrutar la unión de pareja, el compenetrarse ambos en aquel antiguo y conocido acto de comunión corporal. Luego, al ver a la niebla más agitada, arremetió con las risas, las alegrías de sentirse viva, las grandes celebraciones con parientes y amigos, las bondades de vivir una vida plena, el placer de leer un libro, oír una sinfonía o caminar por la pradera.

Algo comenzaba a tomar forma dentro del caos circundante, unas sombras se insinuaban a poca distancia de la mujer. Entonces supo que tenía la victoria a su alcance y prosiguió atacando con cada recuerdo placentero, cada momento sublime y dichoso de su existencia. Continuó incansable, decidida, resuelta y firme. Al poco, las sombras se hicieron más nítidas, la neblina más difusa y, de improviso, se sintió arrojada al duro suelo como si hubiese caído de un coche en marcha. Todo giró a su alrededor, sintiendo que la energía antes percibida se desvanecía. Creyó hundirse en un abismo y lloró por no haber logrado el objetivo estando tan cerca. Su alma se sintió acongojada y lanzó un grito de rabia e impotencia antes de perder el conocimiento.

## 5

—¿Me oyes? —decía una voz en la lejanía y Cintia trató de recordar a quién pertenecía. Le era familiar, aunque no sabía de dónde.

La mujer abrió los párpados lentamente, como si pesaran una tonelada. Un momento, no podía tener esas sensaciones si estaba muerta.

—¡Abrió los ojos! —exclamó otra voz y unas sombras borrosas tomaron nitidez frente a sus globos oculares.

—Bien hecho, amiga, bien hecho —felicitó Arthur, quien la sostenía en brazos.

—¿Qué...? —todavía la cabeza le daba vueltas.

—Tú lo hiciste, rompiste la barrera por nosotros —explicó David, cogiéndola de las manos—. Ninguno de nosotros descubrió la manera, pero tú sí. Y cuando la rompiste, ésta se disolvió como por arte de magia. —Indicó a Zarik—. Ahora él está en control de la nave y podemos dirigirla a nuestro antojo.

—¿Diri...? —Recordó todo de sopetón—. Espera, tenemos que esquivar a nuestras naves.

—Lo está haciendo, aunque parece que a cada minuto llegan más a este sector.

—La flota no parece querer correr riesgos —opinó Arístides—. Saben que estamos averiados, aunque todavía ignoran la gravedad de los daños. Las armas principales fueron dañadas y solamente tenemos las secundarias, aunque bastan para tenerlos a raya.

—Han tratado de darnos con misiles en dos ocasiones sin éxito —dijo Metalampura—. Porfiados son los humanos, si me permiten decirlo.

—Me gusta esa tozudez —afirmó Denitork y al reconocerlo sano y salvo Cintia se alegró de tenerlo con ellos.

—Acabo de confirmarlo: todos nuestros captores están muertos —dijo Zarik—. Se encontraban reunidos en el puente cuando el disparo penetró las defensas. Fue un láser de gran potencia.

—Buen tiro —comentó Arístides.

—¿Podemos comunicarnos con ellos?

—No —respondió David—. El disparo que nos dio destruyó el equipo de comunicaciones, aunque en verdad Ellos no usaban las ondas hertzianas ni taquiónicas sino algo totalmente distinto. Se supone que podemos utilizar el equipo



de a bordo para construir un transmisor, aunque tardaremos varias horas en ello; de todos modos, Zarik ya puso los talleres en marcha y los "robots" (por decirlo de alguna manera) que efectúan el mantenimiento están trabajando en ello.

—El tiempo está en contra nuestra —dijo Zarik—. Para cuando podamos contactarnos su flota nos tendrá acorralados o, peor aún, destrozados.

—Sugerencias tendrán, ustedes que son humanos —dijo Metalampura—. ¿Existe algún método de hacer señales que sean reconocidas a distancia?

—¿Señales? —inquirió Arístides y se rascó la cabeza con desesperación—. Solamente me enseñaron a utilizar nuestras frecuencias de emergencia... y para eso necesito la radio de mi traje. No tengo idea tampoco de las estrategias de la flota.

—Podemos luchar —recordó Zarik—. El armamento a nuestra disposición puede mantener a raya a los suyos un tiempo...

—Pero no para siempre —cortó David y la desesperación se hizo patente en su rostro—. Como ves, amiga, estamos en un callejón sin salida.

Arthur, al ver que su compañera estaba más recuperada, la soltó. Cintia permaneció sentada sobre las losas y miró alrededor. Observó unos delgados filamentos de luz que emergían de Zarik e iban hacia la maquinaria (ahora reordenada en una serie de cubos apilados unos sobre otros).

—Ahora que triunfé sobre la última barrera nos pasa esto —se quejó la mujer y golpeó el suelo con los puños cerrados—. No es justo.

—Quizás debemos tomar la decisión de matar a los nuestros para sobrevivir —dijo David con amargura—. ¿Acaso no tenemos el fuerte deseo de vivir?

—Pero, ¿a costa de nuestros semejantes? —preguntó Arístides, quien obviamente sentía repulsión por la idea—. Yo no sabría decir qué es lo...

—Zarik, ¿cuánto control tenemos sobre los motores? —preguntó de improviso el profesor, quien había permanecido al margen de la discusión.

—Casi total en los de maniobra y navegación; el hiperimpulsor se encuentra fuera de servicio...

—No, solamente me interesan los pequeños, los de iones. ¿Podemos usarlos en impulsos de corta duración, algo así como un segundo o menos?

—Sí, es posible a 0,6 segundos.

—Perfecto. ¿Y por cuánto tiempo de intervalo entre impulso e impulso?

—Casi medio segundo. —Todos los observaban—. ¿Qué tienes en mente?

—Activa los motores de maniobra en tres bloques que contengan la siguiente secuencia...

Ganer Melkazian, capitán del "Zykon", maldijo una vez más dentro de la soledad de su casco la incómoda posición en que se encontraban. Algo menos de un cuarto de millón de kilómetros lo separaban del navío invasor y se dedicaban a

jugar al juego del gato y el ratón o, mejor dicho, una especie de tenis espacial, en el cual se intercambiaban disparos en vez de pelotas. Sentía la tensión en la gente a su alrededor apiñada en el puente del navío. Todos permanecían en sus puestos y aguardaban el instante de lanzar el ataque final. Cansado, preguntó a la computadora:

—¿Algún cambio en la posición de ellos?

—Sí, señor. —Ganer se inquietó—. Han comenzado una serie de pequeñas desviaciones de rumbo, aunque sin mayor sentido. La teniente Amelie Gerstein de Navegación puede indagar más al respecto.

—¿Amelie? —llamó el capitán—. ¿Qué más tienes que añadir al análisis de nuestra I.A.?

—Poco, señor —respondió la mujer, trabajando en su consola—. Es una serie de impulsos regulares que se repiten, pero... No sé, en verdad aparte de hacerlos girar sobre sí mismos no parece tener mayor sentido. La velocidad angular que obtienen no sirve para nada más que, supuestamente, crear una gravedad artificial sobre las paredes del casco. Pero la estructura está dañada y a la larga podría romperla. —Movi6 la cabeza de un lado para otro—. En verdad no lo comprendo.

—Ahora se volvieron locos —murmur6 el capitán—. A ver, computadora, indaga cualquier relación de ese comportamiento con todo lo que tengas en tu base de datos; quizás podamos hacer una analogía de alg6n tipo que nos ilustre.

El capitán se reclin6 en su sill6n, observando con intriga la imagen de la nave enemiga en la pantalla principal, tratando de entender qu6 podía estar sucediendo con sus contendores. Era como una partida de ajedrez en la cual las piezas cambiaban de forma y comportamiento a cada momento. Era exasperante, estar sentado all6 sin poder...

—Señor, creo tener algo —interrumpi6 la computadora.

—¿Y bien?

—Estos movimientos no coinciden con ninguna t6ctica registrada de ellos, pero s6 con una forma de comunicaci6n humana que dej6 de usarse hace casi siglo y medio: el c6digo Morse. Es una secuencia de tres letras: S.O.S.

—¿Piden ayuda en Morse? —exclam6 extrañado Melkazian— ¿Estás segura?

—Completamente —contest6 la inteligencia artificial.

—Capitán, quizás... deseen rendirse —opin6 la piloto.

—Nunca lo han hecho —record6 el navegante—. Siempre...

—Suficiente —cort6 Melkazian—. Comuníqueme con el almirante Sempillai. —Sonri6 para sus adentros, pensando "a ver qu6 cara pones ante esto, viejo avinagrado".

—Detuve los impulsos —inform6 Zarik—. ¿Inicio la segunda transmisi6n?

—Sí —contestó Arthur—. Espero que no tengan problemas para interpretar esta otra.

—Brillante idea, aunque quizás no dé resultado —felicitó David—. ¿Cómo se te ocurrió?

—Recordé una vez que, siendo adolescente, fui a un museo y vi un antiguo aparato para transmitir telegramas. Me asombró la sencillez del mismo, igual que las señales de humo. Bien, ahora debemos esperar.

Media hora más tarde, y luego de numerosos mensajes entre las naves de la flota, un pequeño navío de abordaje se dirigió hacia ellos. Los humanos lo vieron acercarse con ansia.

—Estoy abriendo el compartimiento de carga —dijo Zarik—. Todo va de acuerdo a nuestra transmisión.

Dentro de la nave menor, una preocupada mujer, la mayor Ghanía, repasaba por enésima vez el estado de su pequeño destacamento: cinco soldados y cuatro robots. Todos eran voluntarios, aunque no por ello la situación se presentaba exenta de nervios. Los humanos se miraban los rostros sin saber qué esperar. Conocían el escueto mensaje recibido: "Somos prisioneros del enemigo y nos apoderamos del control de la nave. Vengan por el compartimiento de carga. Tenemos abundante información vital para ganar la guerra." Truco o no, siquiera la más mínima posibilidad de capturar un navío enemigo era motivo más que suficiente para correr el riesgo.

—Muy bien, lo haremos como cualquier otra penetración de casco —dijo Ghanía—. Los chicos de metal irán adelante y luego nosotros. Disparen a cualquier movimiento sospechoso.

La rampa descendió y los seres artificiales bajaron para escudriñar el lugar. No informaron de nada dañino y los humanos fueron tras ellos.

—Una luz brilla por allá —indicó un robot y señaló hacia el primer corredor.

El punto luminoso se acercó lentamente a ellos y se reveló como una versión más pequeña, de casi un metro, de las fatídicas estrellas de mar. Los soldados se asustaron al verla, aunque cuando no hizo movimientos hostiles el miedo disminuyó. La estrella, entonces, comenzó a retroceder.

—Supongo que quiere que la sigamos —opinó Ghanía—. Vamos tras ella y atentos a la retaguardia.

El grupo acompañó al portador de la luz hasta otra estancia mayor y mejor iluminada, en donde un grupo de extrañas máquinas parecían ensamblar algo.

—¿Y esto? —se preguntó un soldado, centrando la mira en lo construido.

—Parece... una lavadora —opinó otro hombre.

—...rando puedan... pronto... —se escuchó por la radio de sus trajes.

—¿Quién...? —empezó a preguntar la mayor y comprendió lo sucedido—. Oh..., tratan de contactarnos.

Aguardaron en silencio algunos minutos, mientras trozos de otros mensajes llegaban a sus oídos. Finalmente, les llegó una voz clara:

—Creo que ahora sí. ¿Me oyen bien?

—Perfecto —afirmó Ghania—. Identifíquese.

—Soldado Arístides Segura, número de serie 659838564, capturado hace casi un año durante el ataque a la base de Torrente.

—Verifiquen eso —señaló la mujer por el canal que mantenía abierto con su nave—. Si eres quien dice ser, entonces ¿por qué no podemos verte?

—Pueden verme, aunque estoy en otra sección. —Guardó silencio unos instantes—. Sigán a la estrella con la luz y me encontrarán en persona. No se preocupen, nadie las hará daño.

Fueron guiados a través de estrechos corredores hasta una sala oval.

—¿Qué es esto? —preguntó un soldado al toparse con pequeños cilindros semitransparentes.

—Hay algo vivo dentro de esos contenedores —informó un robot.

Ghania se aproximó hasta el más cercano y el visor de su casco amplió la visión, filtrando las impurezas y afinando la imagen. Lo que surgió ante sus ojos la hizo retroceder de espanto.

—¡Madre mía! —exclamó.

Los otros hicieron lo mismo y uno de ellos casi vomitó dentro del traje.

—¿Entienden ahora? —preguntó Arístides—. Nos extrajeron el cerebro y lo colocaron aquí.

—Esto puede ser un truco —dijo un soldado por el canal privado—. Quizás los cerebros no sean humanos y sólo sea una treta para cogernos desprevenidos.

—Hay que sacarlos de ahí, señora —dijo otro soldado—. Si han estado...

—Silencio —ordenó la mujer, pensativa y con menos desconfianza ahora—. A ver..., si eres quien dice entonces nos permitirás asegurarnos.

—Sabía que querrían hacer eso. Bien, opriman los óvalos azules que borden la tapa del recipiente y podrán abrirlo. Luego, estarán en condiciones de escanear mi ADN y verificar mi identidad.

Así lo hicieron y, cuidadosamente, la mayor se aproximó al contenido del cilindro. Accionó su detector biológico y lo apuntó al cerebro que flotaba en el líquido viscoso. Transcurrieron unos segundos que le parecieron eternos hasta que la computadora médica del traje mostró una imagen de la conocida doble hélice.

—Humano al 100% —leyó la mujer. Otra secuencia, transmitida desde la nave nodriza, fue colocada en forma paralela y unas letras se acomodaron debajo de

ella—. Coincide al 100% también. —Dio un suspiro de alivio—. Eres en verdad tú, soldado. Yo... no lo puedo creer, es... es... asombroso.

—Más que asombroso; somos afortunados de haber salido con vida —afirmó Arístides—. Créame, mayor, no tiene ni la menor idea de todo lo que hemos experimentado. Además, tenemos información por toneladas que podrán tener ocupados a nuestros científicos durante décadas. Y ahora le dejo con el profesor Arthur Negoy.

Arístides abrazó a Cintia y David, casi llorando.

—Al fin, al fin —murmuró Cintia con emoción—. Casi creí que no tendríamos ese transmisor listo a tiempo. Y casi creí que esa mujer iba a llegar y disparar.

—El triunfo es de todos —afirmó Zarik—. Ahora seremos verdaderamente libres.

\* \* \* \* \*

—Solamente me resta felicitarlos —dijo el Ministro de Guerra—. Lo que han hecho no tiene parangón y la humanidad entera está en deuda con ustedes. Estoy seguro de que en su caso se hará una excepción y se autorizará la clonación de nuevos cuerpos para que puedan salir de ese encierro. —Sonrió con cierta picardía—. Además, la gente los espera para darles una recepción de héroes y van a necesitar gargantas para los cócteles que vendrán.

—Gracias, señor, aunque no tenemos gran apuro —dijo Cintia—. Mal que mal... nos hemos ido acostumbrando a este... encierro y nos tomará algo de tiempo volver al plano físico.

—Como sea, los estaremos esperando. Hasta luego.

La imagen del hombre desapareció del salón en que estaban reunidos los ex prisioneros. Denitork comentó:

—Espero poder convencerlos para que me devuelvan a mi mundo.

—Por supuesto, amigo, por supuesto —afirmó David—. Todos lo haremos, es cuestión de tiempo.

Intercambiaron algunas impresiones más y David volvió a su propia realidad. Al entrar a su departamento, la mujer estaba aguardándolo con la preocupación pintada en el rostro.

—¿Qué sucedió? ¿Dónde te fuiste? ¿Qué...?

—Ven, siéntate conmigo —pidió el hombre.

A su alrededor las cosas parecían haber vuelto a la normalidad y sin trazas de lo acontecido anteriormente, aunque la falsa mujer retenía la memoria de lo sucedido. David tragó saliva, no sabiendo qué decir. No tenía por qué decir nada, cierto,

aunque un extraño sentimiento de culpa lo impulsaba a justificarse ante... ¿ella, ello, eso, aquello? No podía definirlo y explicó:

—Verás, en primer lugar creo que lo lamento. ¿Por qué lo lamento? Porque, en el fondo, todo es culpa mía. Quería crear un entorno semejante al propio, una especie de "realidad" que no era tal para no sentirme tan solo. —Comenzó a emocionarse y eso se reflejó en su cara—. Tú eras solamente la vecina de mi amigo, nadie ni remotamente importante para mí. Podía haber recreado a mi ex esposa o alguna amante imaginaria o... algún amor perdido, como Inés y su hija Carlina que se marcharon a otro planeta sin avisarme. Pero no, tenía que ser una casi desconocida y por motivos... —Calló y se mantuvo en silencio varios segundos hasta que al final prosiguió—: Si todo esto es fruto de mi imaginación, si todo se rige por mis deseos, entonces tal vez yo sea una persona mucho menos complicada de lo que creía. —Señaló a su alrededor—. No vivo en un palacio de cristal flotando sobre las nubes ni rodeado de riquezas insospechadas. No soy más que un simple ser humano...

Volvió a callar y, a desgano, hizo desaparecer a la mujer. Ahora el silencio lo rodeaba y le pareció lo mejor. En un futuro no muy lejano saldría de allí, aunque por el momento seguía siendo el amo y señor de su entorno. Extrañaría esa capacidad de crear todo lo deseado, de eso no cabían dudas, pero tendría que volver a adaptarse a la realidad. Consideró que su primer paso estaba dado y con el paso del tiempo daría los otros, porque era un hombre práctico que sabía distinguir la fantasía de la realidad.

Se relajó en el sofá, reclinándose con suavidad en el respaldo. Tenía que poner su cabeza en orden. Supuso que sus compañeros estarían haciendo cosas parecidas.

—Viva la vida —dijo en voz alta y dejó que las palabras fueran arrastradas por la suave brisa que soplaba desde el mar.

# Transfiguración

## 1

Los ojos del capitán permanecían fijos sobre la representación tridimensional que la computadora proyectaba sobre el puente. Sus manos aferraban con fuerza los brazos del sillón mientras la nave era recorrida por esporádicos temblores. Ocasionales imprecaciones podían escucharse por la radio, aunque habían disminuido en frecuencia e intensidad durante las últimas horas.

—Resiste, mi reina, resiste —murmuraba el capitán de tanto en tanto.

El mapa tridimensional que atraía la atención de todos mostraba el avance del navío y su equivalente al espacio normal. Hora tras hora se habían deslizado en dirección a un sistema fuera de las rutas comerciales, pero todavía dentro del territorio explorado. Si lograban llegar a destino podrían aguardar el rescate, quizás orbitando o descendiendo en algún planeta. Todo estaba condicionado, en última instancia, al hecho de poder emerger del subespacio de una pieza. Si lograban reingresar intactos, entonces sus oportunidades de supervivencia aumentarían notoriamente, sino... mejor ni pensarlo. Habían decidido correr el riesgo dentro de un sistema en vez del vacío, en donde podrían flotar a la deriva por siglos sin ser encontrados.

—Estamos en las coordenadas de destino —informó la computadora.

—Perfecto, perfecto —dijo el capitán con el sudor escurriéndole por la frente; se lo secó con el dorso de la mano antes de cerrar la visera del casco, sellando así su traje y siendo imitado por los demás. Con algo menos de nerviosismo ordenó—: Preparados para reingreso según conteo de 10, ¡ahora!

La cuenta regresiva en voz de la computadora retumbó por todo el vehículo. En cada uno de los cubículos habitables las personas contenían la respiración o rezaban a diversas deidades, porque era el momento más temido y esperado de la jornada.

Loreena McKenzie no prestaba atención a los nerviosos comentarios que hacían sus compañeros para liberar tensión. La decena de segundos se desgranó con lentitud mientras la mujer pensaba en su esposo e hijos, lejos allá en la tierra. Pronto su primogénito la haría abuela (tenía 53 años de edad) y quería con todas sus fuerzas conocer a su primer nieto. Y todo dependía del reingreso, algo que ni remotamente podía manejar. Ella era un simple tripulante, especializada en



asegurar carga y reparar sistemas mecánicos de vehículos pequeños. Pensó en su carrera de once años a bordo del "Centuria" que tal vez pronto se iría al infierno y sintió ganas de llorar, pues sabía que no era justo acabar así. Se había abierto camino paso a paso desde abajo, empezando como ayudante, y su modesta carrera le hacía sentirse orgullosa de sus logros. Su esposo también se había esforzado como ella y tenían un matrimonio estable, firme, libre de grandes complicaciones, con un par de hijos estudiosos que lograron egresar de la universidad e iniciar sus vidas mucho mejor preparados que sus padres.

Un estremecimiento final seguido de un apagar de luces indicó el fin de su travesía por el subespacio. Pasados algunos segundos la voz del capitán sentenció:

—Reingreso exitoso —varios gritaron de júbilo—. Ahora trataremos en entrar en órbita sobre... un momento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dave van Tocke, sentado junto a Loreena y la mujer se encogió de hombros.

Hiroshi Matsegura, jefe de carga, iba a añadir algo cuando otra vez la voz del capitán se dirigió a ellos:

—Malas noticias. Los motores principales están fuera de servicio. —Varios murmuraron—. Existe un planeta en nuestro camino que con toda certeza nos atraerá en las próximas once horas, así que prepárense para abandonar la nave. Mantengan la calma, tenemos tiempo suficiente para organizar una evacuación completa y ordenada. Además, llevamos casi cinco horas transmitiendo la señal de auxilio; cualquier mundo habitado en un radio de quince parsecs ya debe habernos escuchado.

La voz se calló. Matsegura se desabrochó el cinturón y flotó hasta colocarse frente a su equipo de siete personas. Cuando todos lo miraban dijo:

—Ya conocen los procedimientos. Empezaremos ahora mismo a transportar todo el equipo y alimentos que podamos alojar en las cápsulas de escape.

Las siguientes dos horas los mantuvieron sumamente atareados. Varios pasajeros ofrecieron su ayuda y entre todos completaron la labor. Cuando acabaron, el espacio habitable se había reducido en un tercio.

—Vamos a estar un poco apretados —comentó un pasajero que parecía ser el típico hombre de negocios—. No es que me queje, claro; cualquier cosa que nos sirva para sobrevivir es bienvenida.

—¿Qué hay del planeta al que nos dirigimos? —inquirió van Tocke

—Atmósfera irrespirable y 1,43 g —contestó Matsegura con oriental tranquilidad—. Antes de bajar arrojaremos una boya de señales en una órbita alta.

—Nos vamos de picnic —comentó Loreena y varios sonrieron—. Unas cañas de pescar...

—Atención —interrumpió la voz del capitán—. Tengo excelentes noticias. Hemos recibido una transmisión de una estación fronteriza situada en este sistema, la cual no aparece en la última actualización de las cartas de navegación. Ellos se encuentran en órbita sobre la luna mayor del planeta y solamente tendremos que intentar cambiar el rumbo para acercarnos. Iniciaremos en cinco minutos las maniobras.

Ubutu Masube cortó la comunicación, dejando a solas a los tripulantes y pasajeros en sus exclamaciones de alegría. Varios en el puente se abrazaron, pero el capitán tenía una extraña sensación que le producía gran inquietud. Recordó las últimas palabras que la directora de la estación fronteriza le dirigió por el canal privado: "Por lo que más quiera, haga lo imposible por modificar el rumbo; de ello depende la supervivencia de ustedes". Ella lo había mirado con genuina preocupación en el rostro antes de cortar la transmisión.

Susana Volheira permanecía quieta frente a la pantalla. Sus pensamientos eran cualquier cosa menos agradables. Las otras dos personas que la acompañaban en la sala de recreo nada dijeron, limitándose a aparentar que seguían inmersos en su tablero de juegos. La mujer sentía que el peso de ser Directora de aquella estación era demasiado en momentos como esos. Había tratado de alertar al capitán del estropeado navío con la mayor firmeza posible; ahora, nada más podía hacer. Observó las cifras de las simulaciones que la inteligencia artificial de la estación le mostraba. Todavía estaban a tiempo, se dijo, todavía era evitable el desastre.

Un rostro surgió en el monitor; era Leonardo Cárdenas, Subdirector de la estación, quien sugirió:

—Quizás sería bueno decirles que abandonen ahora la nave. Es probable que puedan escapar a la atracción gravitacional.

—El margen de error es muy pequeño. Mierda, ¿por qué tenían que surgir desde el otro lado del planeta? ¿Por qué no tenemos una nave automática capaz de altas aceleraciones para alcanzarlos?

—Tenemos algo que puede llegar rápido a ellos...

—¡No! —exclamó Susana con énfasis— Me niego a usar un misil. No voy a matar gente inocente...

Leonardo cortó la transmisión, dejando a la mujer a solas con sus pensamientos. En algún oscuro rincón de su mente sabía que el subdirector tenía algo de razón..., pero como ser humano aquella decisión era difícil de tomar. No, no caería en eso. Por ello se comunicó nuevamente con la nave y pidió hablar con el capitán.

Masube se extrañó ante la inesperada comunicación, la cual aumentó sus preocupaciones. Pensó en indagar algo más con la mujer.

—Escuche bien —pidió Susana—. No debería estarle diciendo esto, pero le recomiendo que abandonen la nave ahora mismo; en el espacio tendrán mejores posibilidades de sobrevivir.

—¿Por qué? ¿Qué sucede con...?

—¡Escuche bien! —repitió la mujer— Repito: aborden las cápsulas ahora mismo. No puedo decirle el motivo por ser un secreto militar. Este sistema se encuentra bajo control del Ministerio de Defensa de la ONU y nosotros estamos aquí solamente como vigías para aparentar normalidad. Si descubren que le he dicho esto me castigarán. Haga lo que le digo y no pregunte.

Antes que el capitán pudiese decir algo la mujer cortó la comunicación. Los primeros instantes fueron de perplejidad por lo escuchado. Luego, la inquietud lo invadió. Ella parecía auténticamente preocupada y la recomendación se la hizo en serio. Ahora no le cabían dudas de que algo raro sucedía en ese lugar, ya que las Fuerzas Armadas no se involucrarían en vano. Recordó el análisis del sistema efectuado horas atrás y no rememoró nada sobresaliente. Dirigió su atención al planeta que les tendía sus tentáculos gravitacionales, manipulando los controles para repasar los datos del mismo. Nada. No existía ninguna radiación peligrosa, inestabilidades orbitales ni señales de alguna civilización extraterrestre. Luego, verificó su trayectoria actual y maldijo a la inercia por hacerles imposible el variar su trayectoria con facilidad. La potencia de los motores de las cápsulas no les permitiría evadir aquel mundo, aunque saliesen ahora mismo. Efectuó algunos cálculos y descubrió que la nave debería soportar aceleraciones de casi 20 g para efectuar la desviación necesaria; ningún ser humano podría resistir aquello. Tal vez alguna cápsula pudiese entrar en órbita...

—¿Por qué la estación orbita la luna y no el planeta? —preguntó en voz alta y todos lo miraron.

—¿Qué cosa, capitán? —inquirió el navegante.

—¿Por qué no colocaron la estación sobre el planeta? —repitió mientras su preocupación iba en aumento—. Nunca había visto algo así.

Se hizo un extraño silencio que nadie osó romper durante varios segundos. Los tripulantes se miraron unos a otros.

—Ingeniería —pidió el capitán— ¿Podemos usar algún motor ahora?

—Ni lo sueñe, señor —respondió la voz del ingeniero jefe—. La explosión hizo un daño enorme que no podríamos reparar en menos de cuatro días.

—¿Ninguno funciona? ¿Ni siquiera aunque lo fundiésemos?

—Sólo uno de los traseros, lo cual no nos sirve de nada ahora. ¿Cuál es la urgencia?

—No lo sé y eso me preocupa. —Todos en el puente tenían la vista fija en él. Cada segundo que pasaba los acercaba más a aquel mundo. No podía apartar de su

mente la cara de preocupación de la directora. Por ello tomó una decisión—: Abandonen la nave ahora. Lancen las cápsulas a toda potencia en una ruta que las haga entrar en órbita. ¡Muévanse!

Nadie protestó, pero era obvio que les parecía descabellado.

Loreena y su equipo ingresaron a la cápsula murmurando su extrañeza por la situación. Se acomodó en un sillón, colocó su bolso en el compartimiento de carga situado bajo el asiento y se abrochó el cinturón de seguridad de cuatro puntas.

—¿Qué bicho le picó al capitán? —inquirió van Tocke.

—Que me registren —respondió Loreena.

—Listos para eyectar —indicó Matsegura, manipulando el pequeño tablero de instrumentos del vehículo—. Se ha iniciado la secuencia de todas las cápsulas; treinta y cinco segundos para nuestro lanzamiento.

Aguardaron sin grandes muestras de temor o nerviosismo. La media docena de pasajeros que los acompañaban no protestaron ni hicieron aspavientos por la situación.

Cuando fueron expulsados la aceleración los golpeó a todos unos instantes; luego, se mantuvo constante.

—Estaremos a 3 g por dos horas —informó Matsegura—. Traten de relajarse y no efectúen movimientos innecesarios.

—Es ridículo —murmuró van Tocke—. Esto no era necesario.

Las vainas de metal prosiguieron luchando contra las fuerzas descritas por Newton, mientras sus intrigados pasajeros especulaban acerca de los motivos de aquella prisa.

## 2

—Cinco cápsulas quedaron en órbita y ocho cayeron —informó Leonardo Cárdenas a la preocupada directora.

—¿Es factible rescatarlas con seguridad?

—Sí —respondió el hombre con cierto alivio en el rostro—. Ya despaché una nave para recogerlos.

Ambos guardaron silencio. La mujer acarició nerviosamente el caballo de adorno que estaba sobre su escritorio. El rostro de Leonardo se veía nervioso en la pantalla. Había cosas de que hablar y ninguno deseaba hacerlo. Lo improbable les golpeaba con fuerza, obligándoles a actuar de la manera que no deseaban.

—Bien, al fin sucedió —sentenció Susana—. Traigan a esos supervivientes y mandémoslos de vuelta en la primera nave que llegue. En cuanto a los otros... ya veremos. Por el momento la preocupación inmediata es deshacernos de los que están vivos para que no sepan lo que va a suceder. —Lo miró con tristeza—. ¿Estás listo para mentirles?

—Tanto como tú. —Se pasó una mano por el rostro—. Que Dios nos perdone a todos.

La imagen desapareció y una solitaria lágrima se deslizó por la mejilla izquierda de la directora. Era plenamente consciente de lo que venía a continuación, la repetición de lo que había visto sólo en grabaciones. Elevó una plegaria en el silencio de su despacho.

Loreena se desprendió del cinturón y ayudó a los pasajeros a ordenar sus cosas que se soltaron de las amarras. El ingreso a la atmósfera había sido duro, pero soportable. Ahora se encontraban sobre una llanura, ligeramente inclinados a estribor. La gravedad era incómoda, aunque nadie mostró un gran desasosiego por ella.

—Integridad del casco correcta —informó Matsegura—. Las otras cápsulas se encuentran dentro de un radio de 130 kilómetros.

—Está bien para ser un tiro de casi tres millones de kilómetros —comentó van Tocke, echándose para atrás en su asiento con displicencia; varios rieron por su actitud.

Intercambiaron mensajes con los demás supervivientes, constatando sólo la existencia de algunos heridos leves. Después recibieron un comunicado que decía que el rescate sería al día siguiente. Así, más reconfortados, se dispusieron a enfrentar la larga noche de 17 horas.

El único que durmió intranquilo fue Ubutu Masube, quien se preguntaba por qué debían aguardar que fuese de día para ser rescatados. Casi le inquirió a la directora, pero la mirada de ella decía un velado "no pregunte".

Arriba, los supervivientes rescatados en el espacio eran recibidos con regocijo por los tripulantes de la estación. Se les asignaron alojamientos temporales.

—Siete horas para que llegue el transporte —dijo Jacques Vernier, encargado de comunicaciones, por la frecuencia interna.

Susana recibió la noticia con cierta alegría en la bodega de la estación gracias a su comunicador personal (un dispositivo injertado en la oreja para garantizar la confidencialidad de lo dicho).

—Un problema menos —murmuró. En voz alta añadió a los doctores presentes—: Preparen el equipo médico para ser lanzado en cápsulas.

—No hay inconveniente —afirmó uno de los galenos—. Haremos todo lo posible para aliviarles el sufrimiento, aunque sea poco lo que esté en nuestras manos.

—Nadie puede culparlos —dijo la directora—. Hace años que sabemos lo que podría suceder en una situación como esta.

—Saber no es lo mismo que vivirlo —replicó el hombre con la tristeza pintada en el rostro.

Se pusieron manos a la obra en silencio mientras Susana salía del lugar cabizbaja, repleta de dudas y recriminaciones. Caminó distraídamente por el pasillo, inmersa en horribles pensamientos. Trataba de ordenar sus ideas con el fin de decidir la mejor manera de darles la noticia a las pobres almas en la superficie. Era su responsabilidad y de nadie más. Ella estaba a cargo del complejo. Algunos la vieron pasar con miradas tristes, pero nada le dijeron. Nunca en su vida se había sentido tan desdichada como ahora.

La mayoría de los tripulantes de las cápsulas estaban despiertos cuando el rojizo sol se elevó sobre las lejanas colinas.

—Se parece a Marte —comentó Loreena, atisbando por la ventana sobre el hombro de sus compañeros.

—Acá hay más vegetación —dijo una mujer joven con su bebé en brazos.

—¿Desayunamos? —preguntó un hombre delgado y estatura mediana—. Es mejor tener el estómago lleno cuando llegue la nave de rescate.

—¿Mejor? —inquirió van Tocke— ¿Para tener algo que devolver durante el despegue?

Todos rieron con la broma. En cualquier caso, la sugerencia fue aceptada. Comieron con ánimo, sabedores de que pronto su odisea finalizaría.

—Lo lamento por nuestra querida nave —dijo Matsegura con cierta nostalgia en los ojos—. Nos sirvió bien y fue hogar de muchos años.

Loreena observó con detención a sus compañeros y creyó notar algo indefinido en ellos. Recordó a la mujer con el bebé (de nombre Alena) al despertar: parecía confusa, como si tuviese una carencia sin determinar. Ella misma se sentía un tanto extraña. La sensación persistió y no pudo evitar el preguntar:

—¿Alguno de ustedes se siente extraño? —Todos callaron y se miraron unos a otros—. Yo dormí inquieta y creo que no fui la única.

—Es cierto —reconoció Máximo, un joven estudiante universitario—. Tuve pesadillas.

—Yo... dormí poco —dijo van Tocke—. Cerraba los ojos y nada.

Otros opinaron y dieron testimonios similares.

—Debe ser el stress por el naufragio —supuso Alena—. A fin de cuentas, ninguno de nosotros está acostumbrado a esto, ¿o no?

—Igual me parece extraño —dijo Loreena—. Bueno, mejor hablemos de otras cosas. ¿Alguien me pasa la mermelada?

Al finalizar la comida matinal empezaron a preparar sus efectos personales para tenerlos a la mano.

Ubutu Masube, a menos de 50 kilómetros de distancia, supervisaba acciones similares. Sus compañeros estaban alegres, aunque él no podía sentirse así. Todavía recordaba la mirada de Susana durante el último contacto. Tenía la certeza de que sucedería algo horrible, sin saber por qué. Más aún, lo embargaba el temor de comunicarse nuevamente con la estación. Era absurdo, por supuesto, pero de todas formas...

La pantalla del comunicador destelló, señalando la recepción de una transmisión proveniente de la estación. Tomó asiento frente al dispositivo mientras sentía la tensión crecer dentro de él.

—Buenos días —saludó la directora con grandes ojeras, siendo evidente que había dormido mal.

—Buenos días —replicó Masube. Hizo una pausa que se prolongó más de lo esperado—. Espero... que el vehículo venga a buscarnos pronto.

Varios de sus compañeros ya estaban reunidos en torno al comunicador. Sus rostros reflejaban expectación mezclada con ansia.

—Un momento —pidió la directora. Desvió la mirada hacia un lado, reflejando pesar y tristeza. El mal presentimiento que tenía el capitán se acrecentó—. Bien,

ahora sí. —Inhaló profundamente y sus ojos adquirieron un tinte vidrioso como de alguien a punto de llorar—. Señoras y señores, debo decirles algo... que odio decir, pero... no quiero mentirles. No habrá rescate.

La declaración los golpeó como un latigazo. Los primeros instantes fueron de asombro que luego se transformó en incredulidad.

—¿Tienen problemas sus navíos? —inquirió Masube, aunque sospechaba cuál sería la respuesta.

—No tienen problemas —contestó la mujer, calmada pero haciendo un gran esfuerzo por no perder el control—. Ninguna nave va a bajar por ustedes, ni ahora ni nunca.

—Está bromeando —supuso alguien con una risilla nerviosa.

—Lo digo en serio —contradijo Susana—. La superficie del planeta está prohibida para toda la humanidad. Ninguna persona puede entrar o salir de ahí.

Contrariamente a lo que Masube pensaba nadie dijo nada. Sólo el silencio campeó entre los involucrados. Ella aprovechó este silencio para continuar:

—Hay algo en ese planeta que afecta a la gente, algo que no podemos impedir de ninguna manera, algo que se burla de toda nuestra ciencia y que... y que... cambia a las personas.

"Todo comenzó hace 18 años, cuando una pequeña estación de investigación planetaria fue montada en la superficie. La treintena de personas que la habitaba a la semana de permanecer ahí empezó a manifestar extraños síntomas: náuseas, alucinaciones, erupciones en la piel y... mutaciones. A la segunda semana era evidente que algo los afectaba, pero no era biológico ni radiológico. Absolutamente nadie escapó a sus efectos, pese a las muchas medidas de aislamiento empleadas. Hicieron múltiples análisis a la atmósfera, el suelo, las líneas geomagnéticas, combinaciones de bacterias dentro de la estación y un sinnúmero de otras ideas que se les ocurrieron (incluyendo el horóscopo). Fue inútil, los resultados no arrojaron nada extraño. A la tercera semana... empezaron a morir uno tras otro, algunos aullando de locura o dolor por las mutaciones. Hubo uno que desarrolló aletas en las manos, otro pereció por el desmesurado crecimiento de sus costillas, otra (la jefa) tomó veneno cuando su piel empezó a generar escamas...

—¡Se está burlando! —protestó el hombre tras Masube, empezando a desesperarse.

—En lo absoluto —replicó la directora—. Les estamos transmitiendo las grabaciones de las cámaras para que las vean y... y se preparen para lo que va a suceder.

—No es posible, no puede ser —dijo Alena, oprimiendo fuertemente a su bebé.



—Sí lo es —afirmó Susana, quien ya no contenía las lágrimas—. Por eso les mandaremos algunas medicinas para mitigar el dolor. También... incluimos cápsulas de veneno para aquellos que no deseen soportar todo el sufrimiento.

—Pero... ¿no tienen idea de qué se trata? —inquirió Masube.

—Hay una teoría que elaboró un psíquico que orbitó el planeta. Él asegura haber captado algo en el plano metafísico, algo así como corpúsculos de energía de origen desconocido que se adhieren a los seres vivos. Luego de eso, solicitamos ayuda a instituciones parapsicológicas, pese a la protesta de la División de Exploraciones de las Naciones Unidas. Ellos vinieron con instrumentos fabricados con el fin de medir los fenómenos paranormales. Y lo que dedujeron fue similar a lo del psíquico. Sus estudios (que sorprendieron a todos) demostraron que el radio de acción no se extiende más allá de la atmósfera. Estuvieron casi dos años investigando y no pudieron encontrar un medio para impedir la... contaminación. Alguien los denominó "psiconanomáquinas" y ése es su nombre extraoficial.

"Capitán Masube, gracias a que usted ordenó el lanzamiento de las cápsulas con antelación, sesenta y tres personas pudieron salvarse; ellos le deben la vida. Se marcharon seis horas atrás en una nave militar de una base cercana que siempre está dispuesta a darnos una mano".

—Debí acelerar a más de 3 g —se quejó Matsegura y miró a Alena—. No lo hice para no dañar a tu bebé. —Se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar—. ¡Es mi culpa!

—Tranquilo, amigo, tranquilo —pidió van Tocke—. No podías... Nadie podía saberlo.

—Las medicinas van en camino —informó Susana—. Sería conveniente que fueran a buscarlas antes... antes de ser afectados. También pueden ir grabando mensajes de despedida a sus seres queridos.

Cuando la imagen de la mujer se desvaneció, los infortunados náufragos permanecieron en silencio. Unos sollozaron, otros murmuraron; alguien se puso a imprecar en voz alta y fue acallado por sus compañeros.

—No puede ser —murmuró Loreena, pensando en su nieto nonato que jamás conocería.

Alena lloró abrazada a su bebé mientras el hombre de negocios, de nombre Hermann, se cogía la cabeza a dos manos.

## 3

Loreena arrastraba el carro con los suministros médicos, seguida de van Tocke que cargaba una mochila con más suministros. Ambos caminaban silenciosos, apesadumbrados por su situación. Usualmente eran más locuaces; la ocasión no estimulaba la conversación. Cada uno iba encerrado en sus propios y nefastos pensamientos. Todo era difícil de aceptar. Su muerte parecía segura, sin la menor posibilidad de revertirla.

Las grabaciones recibidas mostraban un cuadro horrible y desalentador, repleto de escenas escalofriantes que algunos se negaron a aceptar. Hubo mucho debate al respecto que les restó tiempo de comer y dormir. Tardaron varias horas en aceptar la situación. No pocos sufrieron ataques de pánico y tuvieron que ser calmados por los demás, contribuyendo a aumentar la tensión.

Era horrible ver a esas personas comunes y corrientes ser consumidas paulatinamente por el terror y la locura, ser llevadas a la frontera de lo racional y traspasarla sin ninguna consideración. Era cruel, inmisericorde e inevitable, sobrepasando los límites del conocimiento humano.

Sortearon una colina con dificultad debido a la gravedad. A lo lejos distinguieron la cápsula. Prosiguieron sin detenerse entre arbustos secos y rocas grisáceas. Al entrar en su refugio encontraron a todos conmocionados.

—¿Qué sucede? —inquirió van Tocke.

—Matsegura fue el baño y se cortó las venas —contestó otro tripulante—. ¿Nos dan una mano para enterrarlo?

Ambos asintieron y —minutos más tarde— cuatro siluetas enfundadas en trajes depositaban el cadáver en una fosa. Lo taparon con tierra sin mayores miramientos. Nadie dijo nada, excepto Loreena que comentó:

—Así se va el primero. Tuviste suerte, Hiroshi, no vas a sufrir como nosotros.

Dentro de la cápsula el ambiente era triste. La mayoría permanecía sentada y observaba a Hermann revisar los medicamentos traídos.

—Ampollas autoinyectables individuales, qué delicia —comentó el hombre luego de abrir el estuche que indicaba "veneno". Cogió una y se la metió en un bolsillo de la chaqueta; todos lo imitaron en medio de un oprobioso silencio.

—¿Cuándo la usarás? —preguntó van Tocke a Loreena.

—Cuando no aguante más —respondió la mujer con brusquedad—. Disculpa, no quise...

Dejó morir la excusa en sus labios porque su amigo y compañero no le prestaba atención: observaba con cierta morbosa fascinación la ampolla y su contenido.

—¿Alguien quiere cantar, bailar o contar chistes? —inquirió un tripulante.

—Mejor jugamos ruleta rusa —propuso una mujer madura.

—¿No hay nada que podamos hacer? —preguntó Alena, sentada junto a la cuna de su retoño—. Él no puede morir... es tan pequeño.

Nadie le respondió mientras el bebé gesticulaba con sus manecitas como queriendo coger algo inexistente.

El segundo día Loreena despertó con una picazón en la garganta. La noche había sido terrible, poblada de recuerdos de las imágenes que les transmitieron desde la estación. No, era muy temprano para tener síntomas, se dijo. Desayunó sin ganas, preparándose para grabar la despedida a sus seres queridos; lo hizo rápido para no pensar demasiado en su seguro final. Cuando acabó vio a Alena darle pecho a su bebé. Eso le hizo recordar a sus hijos cuando eran pequeños y se retiró a llorar al compartimiento de carga.

Arriba, en la estación, Susana también dejaba fluir las lágrimas. No era la única afectada por la situación; el ambiente en el complejo era oscuro y pocos esbozaban tímidas sonrisas. La directora sufría al saber que los mensajes grabados jamás llegarían a destino, porque la muerte de los naufragos sería achacada a un accidente durante su rescate. Pero les había mentido para hacerles sentir mejor, una mentira piadosa como se decía en su país natal. Sospechaba que el capitán Masube había intuido esa verdad y calló en silenciosa complicidad.

—No puedes hacer nada —se repitió por enésima vez, combatiendo sus sentimientos de culpa—. Nadie más debe saberlo.

Recordó lo difícil que fue mantener el secreto durante casi dos décadas. Ella misma se enteró sólo cuando le dieron la asignación cuatro años atrás, no antes, y porque era imprescindible. Tenía que ser así, ya que los sociólogos predijeron una avalancha de visitantes indeseables al planeta, cada uno creyéndose poseedor de la clave del enigma. Muchos miles morirían en inútiles intentos por desentrañar el misterio, sin contar con los fanáticos religiosos que lo verían como una suerte de prueba divina. Era preferible el secreto, las mentiras, el engaño con la finalidad de evitar un mal mayor.

Pero, pese a todas las argumentaciones, no dejaba de ser una carga moral horrenda que Susana no quería soportar. Y todavía faltaba lo peor: la transformación de aquellos naufragos, el dolor y la locura. No abandonaría el

contacto, era lo menos que podía hacer por ellos. Hizo numerosos ejercicios de relajación que de poco le sirvieron.

—Deja de llorar —pidió van Tocke a Loreena cuando encontró a la mujer—. No creo nada de lo que dijeron. —Ella se calmó y lo miró a los ojos con asombro—. Es una mentira. Seguramente todo esto no es nada más que un experimento para ver cómo reaccionamos. Dijeron que era una zona bajo control militar, ¿cierto? ¡Piensa un poco en ello! —Dio nerviosos pasos por el lugar— ¿Quién dijo que no arrojaron algo, un gas o radiación experimental, con el fin de volvernos locos? ¿Cómo...?

—Cállate —pidió Loreena, secándose las lágrimas—. Si quieres creer eso, es cosa tuya. —Tras lo cual se marchó del lugar.

—Un experimento... Debe ser eso —murmuró el hombre dirigiéndose al aire, como queriendo justificarse ante alguien invisible.

Loreena pasó la mayor parte del día comunicándose con las otras cápsulas. Muchos estaban tranquilos, empero la tensión comenzaba a acumularse dentro de ellos. Se barajaron varias teorías y alguien propuso encontrar una solución al problema. Pidieron a la estación la ubicación del asentamiento original, el cual quedaba a casi siete mil kilómetros de distancia, con el fin de montar una expedición al sitio y tratar de encontrar alguna cura con los restos del equipamiento. Era inútil desde un principio, mas el viaje les daría algo en que ocuparse. Empezaron a preparar algunos vehículos unipersonales todo terreno para marchar al día siguiente.

—Es absurdo, torpe, estúpido —murmuró Hermann cuando Loreena apagó el comunicador—. Sería un milagro si llegan vivos.

—¿Propones algo mejor para matar el tiempo? —inquirió la mujer de edad con el cabello despeinado—. Hasta yo podría irme para no tener que soportar el verlos morir a todos. Quizás sería mejor dejar de existir al aire libre y no encerrados aquí. ¿O prefieres una orgía de licor y sexo al estilo romano?

—¿Por qué mejor no nos matamos ahora, empezando por ti? —replicó Hermann con un cuchillo del servicio en la mano izquierda.

—¡Atrévete, bastardo! —gritó la mujer, poniéndose de pie y cogiendo un estuche metálico a modo de garrote.

—¡Alto, alto! —pidió Máximo, aunque no se acercó al dúo— ¡No tenemos que tratarnos así!

—¿No? —preguntó Hermann con furia— ¿Quién lo dice?

—El quinto mandamiento dice...

—¡Métete a tu dios por el culo! —interrumpió el hombre.

La mujer de edad se abalanzó sobre Hermann y se inició una violenta disputa. Varios circunstantes intervinieron para separarlos. En el reducido espacio de la cápsula la riña adquirió proporciones catastróficas. Casi todos resultaron golpeados o empujados. Loreena auxilió a Alena y su bebé apartándolos del conflicto.

Cuando todo acabó, la mujer de edad yacía en el suelo con el estómago perforado por varios cortes. Hermann estaba boca abajo, inconsciente; el resto exhibía algunas magulladuras y profería insultos.

—Insensatos —comentó van Tocke, quien había observado todo sin intervenir. Se acercó al caído, dándole un par de suaves patadas en las costillas—. Despierta, imbécil.

Algo ininteligible surgió de los labios de Hermann. Van Tocke se encogió de hombros y tomó asiento frente a los controles de la cápsula.

Loreena quedó observando la escena junto a Alena. Toda la acción había sido demasiado rápida y su desenlace tenía tintes surrealistas. Ahí estaban, con un cadáver al cual nadie prestaba atención y varios heridos. Un crimen había ocurrido frente a sus ojos, pero el cerebro se negaba a reconocerlo, rechazando la misma idea como algo lejano, intangible. ¿Crueldad, pasividad, indiferencia? ¿Qué era lo que los impulsaba a actuar así? O, peor aún, si esto era sólo el comienzo...

Poco a poco la tierra tapó el cuerpo de la mujer a medida que Máximo y Loreena arrojaban palada tras palada. Al finalizar, el joven elevó una sencilla plegaria por la fallecida. Luego, se hizo el silencio mientras un suave viento los envolvía. Ambos respiraban con dificultad por el esfuerzo realizado en una gravedad mayor a la acostumbrada (en las naves se mantenía un g como estándar en las secciones rotatorias en donde se efectuaban los ejercicios). No era sólo el cansancio físico lo que los agobiaba: sus mentes ya empezaban a asumir el enorme peso psicológico de lo acontecido, ya podían vislumbrar el fin de su existencia como algo seguro. Y era inevitable.

Máximo, cabizbajo, emprendió el camino de regreso a la cápsula.

—¿No vienes? —preguntó al ver que la mujer no lo acompañaba.

—Después —respondió, arrojando su pala junto a unas rocas; la señaló y añadió—: Mejor dejémoslas afuera para... la próxima.

—Sí, claro, la próxima —comentó el joven—. Me pregunto quién va a ser el que entierre al último, digo, al penúltimo.

El rojizo sol brillaba en lo alto, estando cerca ya el mediodía de aquellos días de casi 32 horas. Loreena caminó hasta un arbusto de gruesas ramas y se sentó en una de ellas. Era cómodo, se dijo, y permaneció ahí contemplando los alrededores. Notó los montículos de las tumbas y lo poco que se destacaban en el panorama. La

cápsula era lo más llamativo, sin dudas, pero la carga emotiva la constituían esos pequeños montículos que cobijaban los cuerpos de sus camaradas de infortunio. Ahí había restos de seres humanos, todos ellos con su propia carga de recuerdos y vivencias, absorbidos por el suelo de un mundo extraño gracias a circunstancias todavía más extrañas.

Permaneció ahí, viendo ascender a la estrella local, conteniendo el llanto con el fin de ahorrar energías, porque iba a necesitar mucha durante los días venideros.

## 4

—¿Cómo van los viajeros? —inquirió Hermann.

—Están cruzando un cañón —informó Loreena. Carraspeó un poco para quitarse la comezón de la garganta, lo cual no funcionó; el hombre la miró con cierto aire de duda—. Sí, pueden ser los primeros síntomas que se manifiestan —admitió sin reparos—. Y tú, ¿no tienes nada raro...?

El hombre dio media vuelta y se encerró en el cubículo para dormir que tenía asignado.

—Yo siento un cosquilleo en los pies —contó Alena, paseando al bebé que, con los ojos muy abiertos, miraba alrededor. Tomó asiento junto a Loreena—. Al menos él no sabe lo que pasa.

—Me gustaría estar en su lugar —afirmó la otra mujer—. ¿Y la pareja de enamorados?

—Están haciendo el amor en un cubículo —contó sin demostrar mayor emoción por ello—. Al menos morirán juntos.

—¿Juntos? ¿Por qué?

—Escuché cuando dijeron que se iban a inyectar luego de hacerlo, aunque no sé si ahora o después. Todo esto es muy injusto con ellos: estuvieron enamorados tres años sin decirse nada y ahora, que están juntos, la muerte los espera.

—No es justo con nadie —intervino Máximo, jugueteando con la ampolla de veneno—. Dudo que alguno de nosotros se merezca esto. Por cierto, ¿han sentido algo más aparte de cosquilleos?

—Yo a veces tengo mareos —contestó Loreena—. Dura unos minutos y luego se acaba.

—Yo nada —dijo Alena.

—Yo tampoco —contó Máximo.

—Supongo que hay montones de cosas que quieren hacer antes de morir —dijo Loreena—. ¿Algo en particular?

—Siempre... quise tocar la guitarra en un escenario —respondió el joven—. Es una tontera, lo sé.

—No es tonto ser humano —intervino Alena—. Yo quisiera abrazar a mi esposo y luego... inyectarme. Por suerte no está acá; él vivirá y es lo único que me

reconforta en estos instantes. Aunque a veces quisiera coger todo a patadas de pura rabia. Estamos metidos con la mierda hasta el cuello.

—Lo único que hay para desahogarse somos nosotros —dijo Máximo—. Anteayer hubo una pelea, más bien un crimen. Hoy, mañana o pasado puede volver a suceder.

—Mejor vamos a dormir —propuso Loreena—. Veo en sus caras que todos tienen sueño.

—Ven, mi nene, vamos a tomar un laaaargo descanso —dijo Alena, jugueteando con su pequeño.

Loreena ingresó a su cubículo. Cerró la diminuta puerta que la aislaba del exterior. Permaneció recostada contra la almohada varios minutos mientras sentía la suave molestia en su garganta. Al fin se sacó la ropa y, desnuda, entró en la cama. Miró la puerta. Era lo único que se interponía entre ella y lo demás, una suerte de blindaje protector que la apartaba de los demás. Ahí, en su pequeño espacio personal, creía poseer cierta distancia con los problemas. A pocos metros se encontraban los otros, pero eran incapaces ahora de afectarla.

Apagó la luz.

Oscuridad. Silencio. Soledad. Tristeza.

Un escalofrío la recorrió unos momentos y luego se fue. Trató en vano de distinguir algo, quizás una pequeña chispa o destello, que delatase la presencia de aquellos corpúsculos que les rodeaban. Nada. Sus humanas —quizás limitadas— percepciones le impedían distinguir algo; tal vez era mejor, pues ojos que no ven... No, no, los antiguos refranes le eran un mero desahogo a su desesperación y de nada le servían. Ella sabía lo que les sucedería y ante ese inevitable conocimiento racional todas sus fantasías se hacían trizas.

Cerró los ojos, dejando así escapar un par de lágrimas. A poco de ello recordó las últimas palabras de Alena: "vamos a tomar un laaaargo descanso". ¿Querría decir...? No, no debía pensar en eso. De ahora en adelante cada uno era dueño de su destino, escogiendo cuándo acabar con todo. Apretó las manos, oprimiendo un puñado de tela, para desahogarse de alguna manera. La joven madre era tal vez la mayor perjudicada de todos. Loreena, al menos, había tenido su porción de felicidad, amor, hijos y muchos otros buenos recuerdos de su vida. Estaba en paz consigo misma.

Ahora sólo le restaba tener las fuerzas suficientes para enfrentar a la muerte.

Un golpe sordo la despertó. Era como algo lejano, un eco perdido de extrañas energías liberadas de improviso. Por algún motivo le costaba precisar su ubicación actual, como si nadase en medio de una bruma que le impedía aceptar su entorno.



Otro golpe, y otro, y otro la remecieron lo suficiente para percatarse de que golpeaban la puerta de su cubículo.

—¡Voy, voy! —gritó mientras empezaba a vestirse y los golpes cesaron.

Antes de abrir dejó de sentirse extraña, ajena en su cuerpo. ¿Qué había sido eso?, se preguntó. No era la modorra típica del amanecer.

—¿Si? —inquirió abriendo la puertecilla.

El asustado rostro de Máximo se dibujó en el recuadro.

—Hay una llamada de auxilio —informó con cautela ante el rostro de malestar de la mujer—; proviene de otra cápsula. El capitán dijo que fueran a ver los que están más cerca, o sea, nosotros y los del valle de al lado.

Loreena saltó fuera de su habitáculo y corrió hacia el armario en donde se guardaban los trajes. Verificó el suministro de oxígeno y empezó a colocárselo. Estaba abrochándose los cierres cuando la extraña, casi cínica, mirada de van Tocke la congeló. Fueron momentos indescriptibles de mutua comprensión, de una comunicación diferente que involucraba desesperación y abandono. Ambos se miraron como sosteniendo un duelo visual. La mujer dejó de observar a su amigo y prosiguió su labor.

—¿Por qué? —inquirió el hombre— ¿Qué importa ya?

Algunos, incluyendo la pareja de enamorados, les prestaron atención.

—Todavía somos humanos, Dave —replicó Loreena—. Todavía podemos darnos auxilio mutuo. ¡Deja de actuar como un idiota!

Terminó su labor en medio de un oprobioso silencio, arrancando molestos ecos que rebotaron dentro de su encierro. Se apresuró para huir de aquel sitio que, a modo de maldición, la oprimía con la fuerza de la cercana fatalidad. Fue un alivio llegar a la cámara estanca y salir de la cápsula. Sin perder tiempo abrió el compartimiento de carga y extrajo un pequeño vehículo todo terreno de cuatro ruedas. Lo montó, comprobó que tenía el equipo de emergencias y partió a la máxima velocidad posible. En la pantalla de navegación del tablero de mandos veía el mapa en el cual se mostraban su objetivo y su posición actual.

Tardó algo más de veinte minutos en arribar a destino. Una columna de humo era visible en la distancia, presagiando tragedia. Rodeó una colina y se encontró con una cápsula que parecía haber sido destrozada por una explosión. Otros dos todo terreno individuales ya estaban a su lado y sus conductores combatían las llamas con extintores de mano. Loreena se les unió en el combate al fuego. Los aparatos (pese a su reducido tamaño) arrojaban un potente chorro de espuma que apagaba eficazmente las llamas.

Tras su lucha un desolador panorama se extendió frente a ellos. Los cuerpos estaban casi carbonizados, repartidos aleatoriamente entre los restos.

—Nos tomó por sorpresa —comentó uno de los otros, que aparentaba alrededor de treinta años; sus llamativos ojos azules estaban teñidos de tristeza.

—Saquemos las palas —dijo su acompañante, una mujer que tenía una edad similar.

Tardaron casi cuatro agotadoras horas en colocar en una fosa común a todos los infortunados. El peso extra que brindaba la gravedad hizo más incómoda la labor. Arrojaron el último cadáver sin mayores miramientos y tomaron un descanso antes de taparlos con la tierra removida.

—Me recuerda al funeral de mi primo —dijo la mujer, de nombre Valeria—. Nadie dijo nada y el ataúd se fue directo a la fosa. —Tomó asiento junto al hombre, llamado Giacomo, que era su esposo, abrazándolo.

—Estamos juntos —dijo él—. Cuando tú digas lo hacemos.

—Más adelante —aseguró ella. Miró a Loreena—. ¿Tienes marido?

—En la Tierra, junto a mis hijos —contestó y sonrió con ternura—. Por suerte no está acá. Espero que no sufra mucho cuando vea mi mensaje.

—No lo verá —afirmó Giacomo y antes que la mujer preguntase añadió—: Escuché, más bien fisgoneé, al capitán hablando con la directora por un canal privado acerca de ello. Dirán que morimos en un accidente al despegar la nave de rescate.

—¿Por qué?

—No seas ingenua —pidió Valeria—. ¿Te imaginas la avalancha de cretinos y aventureros que llegarían atraídos por el... el misterio que hay aquí? Esto causaría más problemas si se sabe que si lo ignoran.

Loreena pensó que debería sentirse más enfadada o furiosa por lo escuchado, pero no percibía la ira por su cuerpo; estaba presente, cierto, aunque mantenida a raya por una desconocida pasividad. Inquietud, pasividad e ira reprimida eran aglutinadas por un lazo indefinido nunca antes experimentado. ¿Curioso, extraño, disímil o meramente un resultado psicológico de lo que los embargaba? ¿Hasta qué punto su mente era capaz de resistir todo ello sin mostrar resentimiento, sin fragmentarse en pedazos antagónicos, sin llegar a la locura?

Volvieron al trabajo, tapando los cuerpos mientras Loreena sentía que con cada capa de tierra iban dejando atrás su humanidad. Como para reafirmar eso, una vez acabada la labor, el matrimonio se cogió de las manos y se puso a bailar sobre la fosa común. La mujer observó la escena sin comentar nada. La pareja parecía feliz, como si nada malo sucediese y estuvieran de picnic. Tal vez van Tocke tenía razón y todo eso no tenía importancia, siendo meros peones de un juego cósmico y enigmático. Al cabo de un rato finalizaron su baile y volvieron a los vehículos, desde los cuales informaron del entierro a las cápsulas.

—¿No quieres venir con nosotros? —preguntó Giacomo

—No, gracias —contestó Loreena y los miró con tristeza—. Supongo que no volveremos a vernos, así que les deseo suerte.

El trío se abrazó fraternalmente antes de emprender sus opuestos caminos.

Algunos rostros curiosos miraron a la mujer cuando regreso. Ella se despojó del traje antes de informar:

—Por algún motivo se detonaron las cargas de inspección minera que llevaban en la bodega.

—¿Algún motivo? —inquirió Alena

—No podemos saberlo —contestó—. Es de suponer que alguien enloqueció y las detonó. En todo caso, ¿qué más da?

Fue hasta el baño para ducharse, tras lo que se echó a dormir en su cubículo sin comer nada.

—¿Han visto a Dave? —inquirió Loreena.

Todos los presentes negaron con la cabeza. Buscó en el compartimiento de carga sin resultados. Volvió al denominado "living" (el espacio central) sin tener noticias de su amigo. Se puso a conversar con Alena que le daba pecho a su hijo.

—¿No ha... tenido problemas? —inquirió, señalando al bebé.

—No. —Le acarició la cabeza—. Yo... siento dolores en los huesos. También me pican las piernas y... y me contengo para no rascarme.

—A mi me arden los pulmones —contó Loreena. Extendió las manos frente a sus ojos—. A veces me tiemblan un rato y después para.

Máximo intervino:

—Miren mi pecho.

Se abrió la camisa, dejando al descubierto una serie de manchas violáceas.

—Salieron ayer después de desayunar. —Miró al bebé; algunas lágrimas manaron de sus ojos—. Espero que el Señor cuide bien de todos en el Cielo.

Loreena compadeció al joven, quien se aferraba a sus creencias religiosas encontrando en ellas el refugio que necesitaba. Y ella misma, ¿a qué se aferraba? Al recuerdo de su familia, lo feliz que había sido con su esposo e hijos. Era más que suficiente, se dijo.

Notó a Hermann por el rabillo del ojo. El hombre tomó asiento cerca de ellos con un vaso de licor en las manos y dijo:

—Los pies se me agrietaron y el corazón me late demasiado rápido desde anoche. Mi último trago, ¡salud! —bebió de un sorbo el contenido del vaso para luego arrojarlo sobre la mesa. Acto seguido, extrajo la ampolla de veneno y, con un leve temblor en las manos, se la inyectó. Cerró los ojos. Poco a poco su respiración se hizo más tenue hasta desaparecer del todo.

—Parece dormido —comentó Alena.

—No lo echo de menos —aseguró Loreena.

Permanecieron callados escrutando el cadáver del hombre, cada uno interpretando el hecho de diversas maneras y sin atreverse a interrumpir el silencio.

## 5

Loreena tomó una pastilla para combatir el dolor de los huesos. Esperó hasta que el medicamento hiciera efecto antes de dirigirse a la bodega en busca de algo para desayunar. Allí encontró a van Tocke acurrucado en un rincón.

—¿Dave? —Se acercó con cuidado, temiendo lo peor—. ¿Cómo...?

—Mal, muy mal —cortó el hombre y le dirigió una mirada vacía, desesperanzadora como nunca antes le había visto.

Se arrodilló frente a su amigo diciéndole:

—Cuéntame.

Su amigo nada dijo y le mostró las manos que estaban recubiertas de algo semejante a escamas; los dedos pulgares se habían alargado algunos centímetros.

—Yo no tengo nada visible... todavía —contó ella—. Todos los días en la ducha me miro en busca de algo. Tengo miedo.

—Estoy aterrado, amiga mía. Me siento aquí porque cuando niño me ocultaba en un rincón del desván para masticar mis problemas. Pero ahora no me sirve de nada. Ya llevamos ocho días que parecen ocho meses. Por las noches escucho al tipo del cubículo de al lado gritar y maldecir, pese al aislamiento. —La miró con ojos suplicantes, tendiéndole su ampolla con veneno—. Ayúdame, yo no puedo hacerlo, no puedo dar el paso final... que me apartará de Patricia para siempre. Quería pedirle matrimonio, ¿sabes? Todos estos días he pensado en ella y me desespero.

—Yo... —empezó a decir Loreena y calló. Todas sus palabras y buenas intenciones eran inútiles.

Dave ahora lloraba sin tapujos, pareciendo un mero niño desvalido, no el hombre corpulento que siempre bromeaba a espaldas del jefe Matsegura. ¿Qué había sido de todo aquello? Se había desvanecido tragado por la tragedia y lo inevitable.

Loreena cogió la ampolla, uniéndose al otro en las lágrimas. Lo abrazó con ternura.

—Amigo mío —dijo, acariciándole el cabello—. Estoy segura de que hubieses sido un marido estupendo.

—Y yo estoy seguro de que hubieses sido una madrina estupenda.

La mujer acercó la ampolla al cuello de su compañero. Las manos le tiritaban. Dudó largo rato, no queriendo acabar con la vida del otro. Sería por compasión, cierto, pero aún así...

—Hazlo —susurró van Tocke.

Reunió todas sus fuerzas y oprimió la ampolla contra el cuello para luego abrazarlo con mayor energía, como si así pudiese retenerlo a su lado.

—Si por alguna curiosidad del destino... te salvas, dile a Patricia que... la amo.

—Lo haré, lo prometo.

La vida se escapó del cuerpo poco a poco, fluyendo suavemente hacia aquel antiguo y mítico más allá, huyendo de una envoltura material que ya le era ajena.

—Amigo —susurró la mujer. La respiración de él era cada vez más lenta—. Pronto nos veremos, pronto.

Y allí, a solas, abrazada a van Tocke, por primera vez en su vida vivió la muerte casi en carne propia. Fue testigo del paso de una existencia a otra. En apariencia nada sucedió, excepto la ausencia de respiración; pero, en verdad, un instante tenía a su amigo al lado y al siguiente se había ido. ¿Y qué quedaba? Sólo un cuerpo, carne percedera que sería absorbida por la naturaleza en cuestión de días. Ahora sólo le restaban los recuerdos de esos años juntos, la amistad, los gratos momentos vividos.

Lloró con gran dolor, inundada de pena. Tuvo la fortuna de que nadie la interrumpiese. En medio del dolor vislumbró su final, con certeza no muy diferente de lo recién vivido... ¿o no? ¿Hasta cuándo soportaría, cuál era su límite, su resistencia al sufrimiento propio? Pronto lo averiguaría, aunque...

—No —susurró sin soltar el cuerpo inerte—. Todavía puedo aguantarlo.

Dentro de ella algo se agitó. La muerte no debería ser un hecho solamente trágico, pensó, pues se trata de un proceso natural; es una necesidad del cosmos que los humanos —erróneamente— interpretaban mal. Las emociones, los sentimientos no deberían desperdiciarse de esa forma que alentaba una comprensión incorrecta del universo...

Dejó su mente en blanco para no pensar más estupideces. ¿Le era en realidad tan chocante haber experimentado aquella muerte como para dejarse llevar a extraños pensamientos?

Enjugó sus lágrimas, procurando serenarse. Permaneció abrazada al cuerpo de su amigo durante varios minutos. Cuando aceptó plenamente el fallecimiento del otro se apartó con suavidad. El hombre parecía sumido en un sueño, como si en cualquier momento fuera a abrir sus ojos y sonreírle como siempre. Se puso de pie, sintiendo un gran resentimiento en las rodillas al haber estado tanto tiempo apoyado sobre ellas. Salió del compartimiento para colocarse el traje; debía enterrarlo ahora como una forma de desahogo.

El sol se hundía en el horizonte cuando Loreena y Máximo terminaron de sepultar a van Tocke, cuyo nombre fue grabado sobre una sencilla plancha de metal.

—Gracias por todo —dijo la mujer al joven.

—De nada. Sé que era buen amigo tuyo.

Ella pensó en decir algo, pero se contuvo. Nunca había sido una persona religiosa o mística, pues las religiones estaban pasadas de moda por haber sido incapaces de brindarle al hombre las respuestas que necesitaba. Aún así, todavía era costumbre pronunciar unas palabras a modo de despedida. Sentía que le debía al menos eso.

—Siempre... trataste de superarte, nunca te quedaste detenido en algún punto de tu vida. Tu camaradería nunca nos faltó y sirvió para levantar nuestros ánimos en más de una ocasión. Gracias por todo.

—Amén —finalizó Máximo, persignándose, para luego retirarse.

La oscuridad dejóse caer lentamente mientras la mujer observaba la tumba de su amigo. Había muerto en sus brazos y enterrado con sus propias manos, pero todavía así le parecía irreal, todavía la aceptación se negaba a entrar en su conciencia. Todo era una gran y horrenda pesadilla cuyo único escape era la muerte.

—Morir —murmuró—. Morir es lo único que nos salvará.

Dolor... El dolor era inevitable y permanente. Estaba presente al mover las extremidades, al respirar e inclusive al pensar. Sus pensamientos eran inundados por él continuamente, aunque su mente lo estaba asimilando de diferente manera. Para ella, el dolor representaba la manifestación física del cambio, el vehículo portador de las noticias que anunciaban la transformación. Aceptando eso, el dolor se hacía soportable y —en cierta forma— bienvenido. Era errónea la concepción humana del dolor como algo terrible que debía evitarse a toda costa. Esos extraños pulsos que la recorrían no eran malignos como el cáncer que aniquilaba a las personas desde dentro. Ella estaba efectuando una readaptación que la beneficiaría...

—¿Qué beneficios? —dijo Loreena en voz alta, abriendo los ojos. Se incorporó rápidamente, sintiendo la protesta de sus articulaciones—. ¿Qué estupideces estoy pensando?

La directora de la estación había mencionado la locura que afectó a otros. ¿Le estaría sucediendo lo mismo? ¿Qué era peor, los cambios fisiológicos o la pérdida de la razón?

No, volverse loco no era una alternativa aceptable para ella. Sabía que iba a morir, sin embargo, se resistía a aceptarlo. Como todo ser humano la esperanza de salvación existía en su interior, a diferencia de los otros que...

Empezó a vestirse para ocupar su mente en otras cosas. Al colocarse la camisa descubrió manchas violáceas en sus brazos. Se revisó con mayor detención y vio el origen de los dolores a sus codos: algunas protuberancias callosas. También se percató de que le costaba respirar más de lo usual; un ligero sentimiento de asfixia la embargaba.

Cuando se puso los calcetines encontró estrías en sus pies, las cuales — curiosamente— no producían dolor alguno. El calzado, no obstante, le apretó, lo cual indicaba un crecimiento de aquellas extremidades.

Lo más obvio, sin embargo, entró en su comprensión luego de vestirse: los dedos de las manos se habían estirado alrededor de un centímetro y los pulgares sufrían la tendencia de doblarse hacia arriba.

Cogió su espejo con temor de ver lo que el reflejo le mostraría. Reunió valor y se lo acercó a los ojos. Sus pómulos se habían hinchado, los ojos hundido y los labios engrosado. No se veía tan terrible como temió, aunque no por ello era menos desconsolador. Antes de guardar el espejo notó un leve achatamiento de la nariz.

—Todavía soy yo, todavía soy yo —se repitió en un afán por reafirmar su identidad que parecía desgranarse cada día un poco más.

Salió del cubículo, cabizbaja, luchando contra la tentación de echarse a gritar y llorar. Fue a la cocina y se sirvió un frugal desayuno. Luego, tomó asiento frente a la mesita del "living". Todo estaba silencioso, ningún ruido turbaba el ambiente. Durante unos momentos temió ser la última con vida; ese temor se desvaneció al oír movimiento en el cubículo de Máximo. Al cabo de un rato el joven se asomó con timidez, observó a la mujer y desvió la mirada sin comentar nada. Salió de su pequeño alojamiento y caminó dificultosamente, arrastrando los pies. En silencio le mostró las manos para que viese el dedo extra que empezaba a surgir en ellas.

—Tengo otro en los pies —contó, echándose sobre una silla—. Las rodillas parecen de gelatina y apenas las siento. Bueno, sabíamos que iba a pasar. —Cerró los ojos—. Parece... que llegué a mi límite.

—¿Seguro? —inquirió Loreena casi sin convicción— Todavía...

—¿Todavía qué? —la interrumpió con una mirada que reflejaba angustia y desesperación— Ayer fueron Alena y su bebé, el día anterior los enamorados. Sólo quedamos tú, Bernard (que no quiere salir de su cubículo) y yo. Ya van catorce días... catorce días. El dolor no me deja dormir y pienso cosas tan extrañas.

—Yo también pienso cosas extrañas —contó la mujer—. Hoy día desperté pensando que el dolor era bueno.



Máximo sacó de un bolsillo del pantalón la ampolla mortal. Sus miradas se cruzaron en medio del silencio. Todo pareció suspenderse: el tiempo, la respiración, inclusive los pensamientos. No eran precisas las palabras, no se necesitaba justificación alguna para lo que iba a suceder.

—Suerte, Loreena —dijo tranquilamente—. Lamento darte el problema de enterrarme, aunque me basta con que arrojes mi cuerpo al exterior.

—No voy a hacer eso —aseveró ella.

El joven se inyectó el veneno y cerró los ojos.

Lorena lo vio morir como a su amigo. El proceso se repitió, sin embargo, esta vez era diferente: se estaba habituando a ver la escena y —como todo acto repetitivo— llamaba cada vez menos la atención. La indolencia era inevitable bajo esas circunstancias, aunque algo en su interior se negaba a aceptar la cotidianidad del acto.

Aguardó casi una hora en silencio antes de comenzar la ingrata labor de enterrar el cadáver. Le costó un poco colocarse el traje: los guantes apenas le entraban en sus alargadas manos. Arrastró el cuerpo hasta la escotilla con la mente en blanco. Afuera, el sol matinal la bañó con su rojiza luz. Ignorando el dolor de los huesos procedió a cavar la tumba. Trabajó metódica e incansablemente, sintiendo que enterraba parte de su humanidad. Depositó con delicadeza los restos de Máximo y procedió a taparlo.

Al volver a la cápsula se sentó frente al comunicador. Trató de contactar con el capitán, pero nadie le respondió. Otro hombre, un desconocido de otra cápsula, surgió en la pantalla; tras él otras personas atendían a un caído.

—Hola —saludó Loreena sin mayor ánimo al notar la anormal decoloración del hombre—. ¿Cuántos supervivientes hay en su cápsula?

—Cinco. ¿Y ustedes?

—Dos..., creo; el otro está encerrado en su cubículo desde ayer y no sé más. ¿Han tenido noticias de los que fueron a la base abandonada?

—Nada desde que llegaron, cuatro días atrás. —Se pasó por la cara una mano con dedos atrofiados—. En la mañana Raymond vomitó una sustancia verde y después se le detuvo el corazón; no hubo forma de reanimarlo.

Una mujer se acercó a la pantalla con el rostro desfigurado por el dolor y dijo:

—¿Me recuerdas? Soy Valeria.

—Sí, si me acuerdo. Enterramos juntos...

—Giacomo murió hoy en la mañana —cortó—. Tenía unas espinas en la columna vertebral y vello en la cara. Se inyectó y murió en mis brazos. —Hizo un esfuerzo por articular las palabras—. El estómago se me contrae como si tuviera una mano oprimiéndolo. Voy a acabar ahora con esto. Por favor, si eres creyente, reza por Giacomo y por mí.

—Lo haré —prometió.

—Gracias. Adiós y suerte.

La comunicación se cortó. Loreena recordó viejas plegarias aprendidas en la infancia. Escogió la que le pareció más adecuada y comenzó a recitar en voz alta. "¿Tenía importancia?" se preguntó y su propia respuesta fue: "No para mi, pero sí para ellos".

## 6

Loreena permanecía sentada en un rincón. Llevaba en esa posición desde el día anterior, no queriendo ingresar en su cubículo para no ver la foto de su esposo e hijos que tenía colgada en la pared. Pensaba y pensaba tratando de ordenar las confusas ideas que la atormentaban. Las drogas ya poco hacían por mitigar el dolor. Su estado de ánimo era cambiante, ora optimista, ora pesimista, ora indiferente. Lo único que la distraía era el burbujeo que sentía en el estómago, muestra palpable de los cambios que se operaban en su interior. Había ocasiones en las que creía percibir el movimiento de las células en su cuerpo, una extraña idea que la confundía por su imposibilidad. Otras veces sentía disminuir su ritmo cardíaco.

Se rascó la mejilla derecha con la mano izquierda y descubrió jirones de piel entre sus dedos (garras, mejor dicho); las arrojó al suelo sin asco ni inquietud alguna, pues se trataba de algo cotidiano. Ya había renunciado a mirarse al espejo; sabía que no se reconocería.

Inhaló aire con suavidad mientras agitaba la hinchada lengua dentro de una boca reseca. Cogió el vaso con agua que tenía al lado, bebiendo moderadamente. Dejó el vaso en el suelo, pensando en el hambre que sentía (los alimentos sólidos eran devueltos por su organismo). Hambre. Quizás moriría por falta de alimentación antes que de otra cosa; ése era el primer pensamiento agradable en muchos días.

Ella misma se extrañaba de no haberse inyectado todavía. Ahí estaba, sufriendo y atormentada, mas seguía aferrándose a la vida que se le escapaba de a poco. Pronto finalizaría todo, cuando las venas del corazón o el cerebro reventasen, o cuando sus pulmones dejaran de oxigenar al torrente sanguíneo, o cuando una costilla demasiado desarrollada le atravesara el tórax, o...

—Da igual —susurró.

La muerte podía ser burlada, la muerte era para aquellos que se rendían, la muerte sólo alcanzaba a quienes se dejaban coger por ella. La vida, en cambio, tenía todas las ventajas del universo: nacía, crecía, se desarrollaba y descubría los métodos para autoperpetuarse. La vida y su constante transformación eran el vehículo para la superación; hacer posible esa transformación era, pues, la mayor

de las metas, el objetivo supremo a conseguir. Una vida que no aceptaba los cambios no merecía ser vivida. Para ello el cuerpo y la mente debían...

Dejó esas cavilaciones de lado con cierto espanto. ¿De dónde sacaba esas bizarras ideas? A esas alturas no sabía qué la espantaba más: si sus cambios físicos o los mentales.

Al ponerse de pie no sintió el temido dolor de las articulaciones. Sin embargo, sufrió un leve mareo que se esfumó de inmediato. No alcanzó a asombrarse por ello cuando se percató de los extraños colores que la rodeaban. Parpadeó repetidas veces hasta convencerse de que no era una ilusión. No quiso racionalizar lo acontecido pensando en alteraciones de la retina o el cerebro, cosas que con seguridad eran una entre muchas, no obstante, le pareció percibir el flujo de fotones que chocaban sobre el cristalino para luego dirigirse como un río hacia su cerebro, en donde estimulaban...

Qué ridículo, se dijo, y trató de pensar en otra cosa.

Empezó a caminar con lentitud hacia el baño. Era curiosa la sensación que proporcionaban los músculos al flexionarse y estirarse para mover el esqueleto. "Sentía" algo a su alrededor que se mezclaba con su cuerpo, un algo que sabía existía, pero hasta ahora no se había hecho palpable, ese algo que dirigía los cambios...

Abrió la llave de la ducha con fuerza para no dejarse llevar por sus locos pensamientos. Se desnudó y colocó bajo el chorro de agua. La tibieza del líquido la reconfortó un poco, lo suficiente para no echarse a llorar. ¿Llorar? ¿Le serviría de algo ese tradicional desahogo a sus problemas? Sería igual darse de cabezazos contra la pared hasta dejar los sesos regados a su alrededor. La única solución que le quedaba era la ampolla con veneno y no quería usarla.

Pasó largo rato bajo el agua hasta lograr cierta tranquilidad. Cortó el chorro con la desagradable sensación de que aquel sería su último baño. Dejó que el agua se evaporase sola antes de colocarse la ropa, pues su temperatura corporal había aumentado la noche anterior. El desarrollo de los brazos le molestó al momento de ponerse la camisa y terminó rasgándola. Sonrió por ello y arrojó los jirones de tela al suelo. La chaqueta apenas le cruzaba y abandonó sus intentos de abrochársela. Enfrentó al espejo con valor y no se dejó amilanar por el reflejo de lo que se había convertido. Su cara de gárgola y brazos nudosos no le impidieron coger la peineta y arreglarse el cabello. Se miró de perfil por un lado y luego por el otro, alisando sus pantalones.

—Estás linda —dijo en voz alta, esbozando una sonrisa.

Ya había tomado una decisión.

Se ajustó la ropa lo mejor posible para verse presentable. Nadie la vería y —de ser así— causaría espanto, empero algo entre el orgullo y la vanidad la impulsaron a ello. No se maquilló porque su esposo siempre le dijo que era bella al natural.

Arrastrando los pies caminó hasta la esclusa. Miró hacia atrás unos instantes recordando todos los momentos vividos en ese reducido espacio. No fue un hogar en modo alguno, sino más bien la sala de espera al infierno. Pero todo terminaba hoy.

No tenía miedo. Por primera vez los extraños pensamientos le sirvieron para alejar sus temores. Se dejó llevar por ellos sin combatirlos y así entró en la esclusa. Quería morir al aire libre, recordando los paseos campestres que hacía con su familia. No existía una hermosa vegetación, cierto, aunque eso era lo de menos.

Su dedo se detuvo unos momentos en el botón de apertura; eran los últimos vestigios de pensamiento "racional" y los hizo a un lado para dar el paso final.

Al abrirse la compuerta el poco oxígeno del compartimiento fue expulsado al exterior. Abandonó la cápsula. Los pulmones comenzaron a arderle, pues el aire parecía provenir de un horno. A medida que avanzaba en dirección a una colina su cuerpo reaccionó de una extraña manera, siendo recorrida por innumerables agujonazos en la piel. Respirar era cada vez más difícil; la vista se le nublababa y apenas podía distinguir los objetos en la distancia. Cada paso que daba constituía una tortura que acrecentaba el hormigueo en su estómago. Sabía que pronto la sangre le herviría en las venas. Sin fuerzas para proseguir se desplomó sobre el suelo.

Era el momento de morir.

Cerró los ojos, dejándose ir a donde fuese que iban los difuntos con el recuerdo de sus seres queridos en la mente.

Silencio.

La tierra sobre la cual estaba tendida le agujoneaba la mejilla izquierda. La vorágine de pensamientos bizarros la envolvió, atándola a los restos de una existencia maltrecha y deformada. El cambio, otra vez, dominaba...

Seguía consciente. ¿O sería la primera fase de la muerte el hacerle creer que aún respiraba, una suerte de engaño para facilitar la transición?

Poco a poco sus pulmones empezaron a llenarse con la nociva atmósfera, que ya no le parecía tan nociva. Inhaló y expiró con timidez, notando que el ardor se desvanecía.

La muerte no llegó.

Abrió los ojos y comprobó que seguía en el mismo sitio. Nada había cambiado. Ni la atmósfera ni la presión habían dañado su cuerpo. Y eso no era posible.

Desde los límites de la conciencia surgió algo, una chispa que de pronto iluminó todos sus pensamientos.

Y comprendió.

Las ideas extrañas y las sensaciones bizarras dejaron de serlo para convertirse en conocimiento. Las cosas encajaban unas con otras en perfecta armonía.

El término "psiconanomáquinas" las definía bien (en parte, al menos). Eran el vehículo con que los seres nativos de aquel mundo se modificaron a sí mismos antes de lanzarse a viajar por el cosmos. Constituían una forma de readaptación rápida a cualquier medio ambiente hostil, sin necesidad de largas cirugías; operaban a mayor velocidad que ninguna nanomáquina por no encontrarse limitadas a una envoltura física que retardase su accionar. Eran —también— portadoras del conocimiento que, una vez acoplado a la mente, controlaba los cambios a realizar. La clave de todo lo constituía la sincronización de los corpúsculos con los patrones cerebrales del huésped. El pequeño gran problema era la diferente mentalidad de aquellos seres, lo cual se interpretaba por los humanos como locura. Ella, en cambio, había logrado la tan difícil sincronía con sus invisibles huéspedes.

¿Invisibles? No, de ninguna manera. Ahora los veía a su alrededor como una nube.

Entendía la naturaleza de los cambios efectuados en su cuerpo, pese a que jamás estudió nada relacionado con medicina; el conocimiento fluía por ella, proveniente de sus diminutos amigos que portaban un saber mucho más extenso que el de los humanos. Ya le parecía simplón, casi primitivo, el diseño del "Centuria". Por su cabeza desfilaban múltiples mejoras que jamás soñó con comprender ni realizar.

Sonrió al tiempo que entendía que sí era capaz de visualizar la actividad celular de su cuerpo. Para efectuar cualquier cambio debía decirles a los corpúsculos dónde y cómo actuar y ellos harían el resto.

—Viviré —dijo y la alegría la invadió al saber que volvería a ver a sus seres queridos.

Se puso de pie y caminó de vuelta a la cápsula sin sentirse molesta por la gravedad gracias a su modificada anatomía.

La llamada interrumpió el almuerzo de Susana Volheira en el comedor. Miró con resentimiento la pulsera antes de oprimir el botón de comunicación.

—Diga —"Más les vale que sea algo importante", pensó.

Leonardo Cárdenas surgió en la diminuta pantalla con aire compungido.

—Señora directora, hemos... recibido una transmisión desde el planeta. Creo que es mejor que venga a Control.

—Vale, voy.

Al atravesar la puerta rumbo al elevador sus pensamientos se llenaron de ideas funestas. No estaba de humor para presenciar los últimos balbuceos ininteligibles de una persona, aunque su deber humanitario la obligaba a ello. Se refugió en el único consuelo posible: el saber la casi imposibilidad de que ocurriese de nuevo. Ahora la Armada estaba colocando boyas detectoras de largo alcance en el hiperespacio.

Salió del elevador directo al cuarto de control, encontrándose con Leonardo que hablaba tranquilamente con una mujer desconocida en la pantalla principal. Todos los demás permanecían atentos a la conversación, la cual se interrumpió con el arribo de la directora.

—¿Qué sucede, Cárdenas? —inquirió, disgustada por lo que parecía una tomadura de pelo—. ¿Cuál es la urgencia?

—Le decía a su colega que tengo todo bajo control —afirmó la mujer—. Por cierto, me llamo Loreena McKenzie y creo que no habíamos tenido el placer de hablar antes.

Susana abrió los ojos desmesuradamente al reconocer el interior de una cápsula de escape tras la mujer. ¡Y ella se veía perfectamente normal!

—¿Cómo... es posible?

Loreena le explicó entonces lo que había sucedido.

—Es increíble —dijo la directora—. Usted... acopló su mente con esas cosas... y ahora las controla. ¿Por qué usted en particular?

—Cuestión de probabilidades —respondió Loreena—. Sólo uno entre muchos lograría sincronizar su mente con ellos; ese uno fui yo. Pudo ser cualquier otro, pero mi cerebro los acogió bien. No fue fácil, en lo absoluto, estuve a punto de volverme loca y morir asfixiada. En el último instante lo conseguí en forma inconsciente. Y aquí estoy.

—Yo... —dijo Susana, completamente perpleja por la inesperada situación—. A ver, usted sobrevivió, pero sus... pequeños compañeros...

—No pueden dañar a nadie más, los dirijo a voluntad. También desactivé el mecanismo que los ponía en marcha: una colina al pie de las montañas nevadas junto a la meseta del gran río.

—Pero si revisamos... —empezó a decir Leonardo.

—No sabían qué mirar —interrumpió Loreena—. Además, estas cosas operan en el plano inmaterial. Es difícil de explicar con palabras, quizás tengamos que inventar un lenguaje nuevo para ello.

"Ahora la pregunta decisiva: ¿Van a sacarme de aquí?"

—Por supuesto —aseveró enfáticamente la directora—, siempre y cuando detectemos la inactividad de esas cosas.

—Adelante —invitó Loreena con una pequeña sonrisa.

Las personas deambulaban alrededor de la cápsula, inspeccionando y tomando notas. Susana estaba entre ellos. Mostró especial preocupación ante la tumba de Alena y su hijo.

—¿Crees que hubiesen podido conseguirlo? —preguntó Susana.

—No lo sé —contestó Loreena—. Apenas puedo creer que yo lo conseguí.

Los investigadores, pese a las pruebas efectuadas, solían evitar a la mujer. Era difícil que aceptasen con facilidad el hecho de que no representaba un peligro para ellos; todos estaban conscientes de sus invisibles compañeros y temían algún "contagio". Loreena no se los reprochaba, pues bastaba con ver los cadáveres o las grabaciones de años anteriores para sufrir escalofríos. Pasaría su buen tiempo antes de que pudiesen aceptarla normalmente. La misma directora se le acercaba con bastante inquietud en el rostro, aunque trataba bastante bien de disimularla.

—Quisiera haber podido hacer más —se lamentó Susana—. Esto sólo nos demuestra lo ignorantes que somos ante el universo. Todavía nos esperan lecciones de humildad como ésta a futuro.

—Podemos aprenderlas, eso es lo importante. Con lo que sé ahora no iremos tan a ciegas como antes. Esta raza tenía avanzados y extraños conocimientos sobre la materia. A veces me cuesta traducirlos a conceptos humanos, aunque tarde o temprano lo consigo.

—¿No has sufrido algún otro cambio?

—Si crees que ya no pienso como ser humano te equivocas. Es sólo que ahora tengo otra perspectiva en mente ante las cosas. Sigo queriendo a mi familia y amigos, al igual que me sigue gustando el fútbol de los domingos por la tarde. —La encaró—. Sigo siendo yo misma. —Miró a las tumbas—. Supongo que no podemos sacarlos de aquí, ¿verdad?

Susana negó con la cabeza antes de explicar:

—El parte oficial dice que la nave reventó antes de alcanzar la órbita y no quedaron restos. Las autoridades han tenido mucho trabajo fabricando una tapadera para cubrir esto, pero el estar tan alejados ha impedido la llegada de curiosos o la prensa. Y ahora... no sé cómo...

La mujer calló con embarazo, no sabiendo qué decir. Ambas se miraron y las palabras no fueron necesarias. Loreena lo entendió de inmediato y dijo:

—Ahora van a tener que inventar una historia para mi aparición..., si es que no me encierran en un laboratorio como un espécimen alienígena peligroso.

—No, no, yo...

—Está bien, no te preocupes —interrumpió sin el menor asomo de molestia—. Ustedes saben que no represento ninguna amenaza; el resto es cosa de convencer a



los demás (en secreto, se entiende). Está claro que lo que aquí sucedió no puede darse a conocer. Es curioso cómo la humanidad todavía no aprende a encarar los hechos, siempre jugando a las escondidas consigo misma. De acuerdo, lo acepto, aunque eso no signifique que lo apruebe.

—Comprendes que van a hacerte numerosas pruebas durante un largo tiempo; también serás interrogada a conciencia.

—Me da igual —afirmó Loreena—. Lo único que cuenta es que ya pasó todo y nadie más va a volver a sufrirlo.

La transformada mujer siguió mirando el paisaje, dejando deambular su mente por otros rumbos. El futuro sería complicado, lo sabía, y estaba preparada para afrontarlo. Quizás la intentasen recluir de por vida en alguna instalación perdida en el confín del universo. Si eso sucedía no tendría otro remedio más que huir de ella. Sonrió para sus adentros al imaginar la cara de sorpresa de los demás al descubrir que sus "amiguitos" no solamente podían alterar su cuerpo, sino también casi cualquier objeto físico; las paredes no serían ningún encierro para ella. Pero eso era su gran secreto que esperaba no tener que desvelar nunca o, al menos, durante un largo tiempo.